



GENIIT

sociología
ciencia - literatura

Plácido Bravo : La confesión y el secreto.

Campio Carpio : Tres generaciones de animadores de « La Protesta ».

F. Ocaña : El hombre y los complejos del mundo autoritario. « Autopsia psiquiátrica » de Marilyn Monroe.

R. : La ley del menor esfuerzo.

Max Nettlau : Eliseo Reclus y Miguel Bakunin.

Dr. J. Alvarez-Sierra : Doctor Esquerdo, primer siquiatra español.

William Boven : El carácter.

Abarrátegui : Alas sin cielo.

Puyol : La llega.

Denis : El Emisario.

Conrado Lizcano : ¡Por el amor de Dios!

Han Ryner : Las parábolas cínicas.

Victor García : El pensamiento anarquista (folleto).

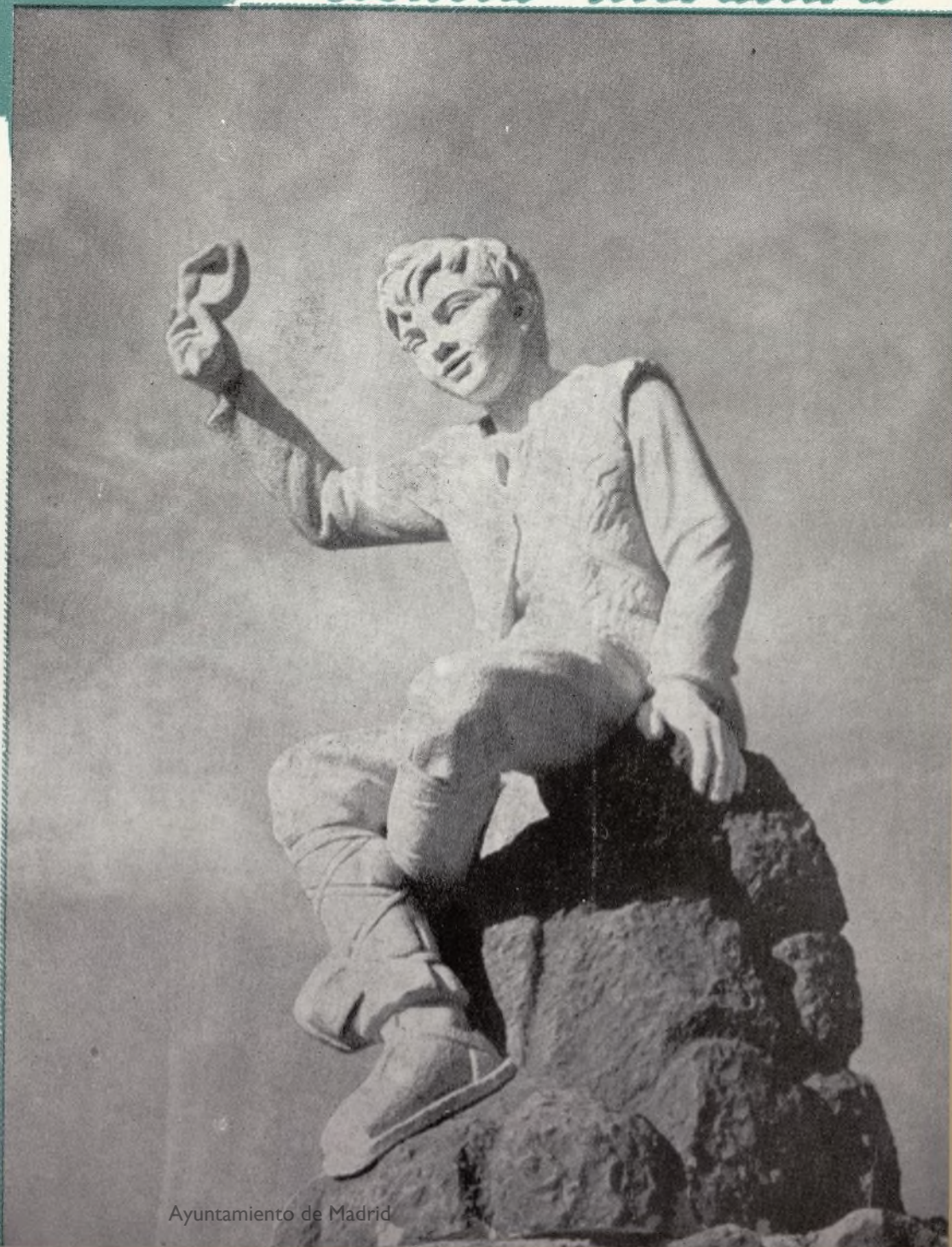
Fichas y Fechas.

142

OCTUBRE - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1.00 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

El pastor fué, antes que nadie, el pilar de la observación, de la meditación, del naturismo, de la sicología y, sobre todo, de la paz como fruto de equilibrio, naturalidad y conocimiento de la materia y del espíritu.

El pastor debe conocer sus animalicos cualquiera que sea su género, cual un siquiatra sus pacientes. Mientras el rebaño de ovejas padece, el humilde pastor observa una planta, una piedra; escudriña el cielo, las nubes; interpreta los vientos; « adivina » los cambios de temperatura; lee en los movimientos de las aves; escucha voces divinas en cada piar, en cada croar, en cada graznido.

El ha sido el primer botanista, el primer astrónomo... Ha distinguido como nadie las plantas alimenticias de las inútiles o nocivas. Ha conocido las indicaciones de las estrellas y del cielo. ¿Cuántos momentos de análisis, de experimentación y de ciencia ha necesitado para llegar a conclusiones valederas?

Hombre de paz, por excelencia, ha debido batirse contra los lobos, contra los animales ofensivos, contra las aves de rapiña como contra los reptiles venenosos.

Más que el barquero, háse visto obligado a luchar contra las tempestades. Contra las inclemencias del tiempo ha usado su ingenio a fin de preservarse y abrigarse.

Según la leyenda él fué también la primera víctima de la envidia en la persona de Abel.

A todas estas cualidades que lo hacen célebre, el escultor V. de los Ríos, con su cincel en la estatua dedicada al pastor, ha agregado la rocosa silla, su inseparable; la vestimenta del hombre que debe andar entre peñascos y abrojos; el chaleco necesario a todo el que debe afrontar los puñales de la brisa y el viento helados y, también, la sonrisa, la bondad y los gestos del que encarna la paz de su corazón la tranquilidad de una conciencia limpia, y el todo de un cerebro repleto de saber arrancado a la madre natura.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Octubre 1962

Nº 142

LA CONFESION 4 EL SECRETO

SON los secretos unos fardos de tal pesadez que raramente logramos arrastrar hasta la última morada; rémora voluminosa que abandonamos al primer puerto accesible, cuando no la soltamos en pleno océano, cortando las amarras de la discreción. Y ligero, más que el pájaro algunas veces. Se entreabre la puerta de la jaula y se nos escapa sin poderlo retener. Nuestras fuerzas pocas veces nos permiten remolcarlos, y nuestra ligereza muy a menudo impide guardarlos. Faltos de reservas y reserva, la indiscreción surge a discreción.

Sin embargo, hay secretos que guardamos, que el miedo hace que guardemos. ¡En guardia! Estos son tan envidiables que mucho temo nos los arranquen; de raíz, aunque mueva el árbol. Secretos hay también que la memoria no registra, ni la conciencia, oficiando de secretaria, toma acta. Mal que roe, cáncer que muerde las entrañas sin que lo veamos ni lo sepamos. Secreciones de la psiquis muy necesarias, pero la tarea está en localizar las ponzoñosas fuentes, en donde se encharcó el agua.

La confesión es un exutorio necesario, pero sólo hasta cierto grado. Lo bello sería poder pensar, decir y hacer cuanto nos viniese en gana, abiertamente, sin ampararse en la oscuridad, escudarse en el secreto, o confinarse a la intriga.

¡Qué cinismo!, se exclamarán muchos. Se teme el ejemplo, ¿verdad, tartufos? Pero ¿es que no es preferible el cinico al hipócrita si los dos son viciosos o virtuosos? Hay muchas enfermedades, y de las más recalci-

trantes, que sólo curaron cuando pudieron contactar con la luz y el aire. En tanto permanecieron secretas, y a fuer de vergonzosas escondíanse las infecciones, hoy localizables, se extendían voraces, como las epidemias en las épocas medievales. La higiene era imposible y el mal se propagaba sin poder identificarlo. La conjunción del hambre con la suciedad originó no pocas epidemias de peste y esto es lo que ya ni puede ocultar la historia oficial.

Además, no hay hombre famoso que no haya sido difamado. Pocos precursores hallaríamos glorificados por la posteridad que sus contemporáneos no hubiesen despreciado e incluso agredido. Y viceversa, cuantos ídolos que en vida forzaron admiración — aunque parezca que no pueda forzarse ni encargarse dicho sentimiento — después ni han podido evitar el olvido, y si se les recuerda es para citarlos como ejemplo de maldición.

Sócrates, pese a que algunos eruditos hurguen constantemente entre sus privados vicios y sus inclinaciones pecaminosas para sacarles a relucir, es reivindicado por todos, y el pueblo lo ama aun cuando poco lo conozca. En oposición, Nerón, aunque ciertos psicólogos se dan a impresionantes trabajos de análisis sobre sus tendencias agresivas, crueles, vanidosas, etc., y aun logran científicamente descargarle de algunos de sus crímenes más característicos; que ciertos políticos admiran secretamente y aborrecen públicamente, que ciertos filólogos dieran excesiva importancia a algunos de sus versos, el emperador está desacreditado y se-

rá aborrecido por los siglos de los siglos.

Y esto es de gran consuelo a los que andamos muy ocupados por el presente precisamente por estar preocupadísimo por el futuro. Y poco o mucho todos deberíamos estarlo más. Pues sin que haya significación vana alguna en cuanto a nuestra inmortalidad, tenemos que aceptar como necesarias ciertas especulaciones; tanto, que de lo que nosotros vivamos depende lo que ellos vivirán, en longitud, densidad e intensidad.

Hay dudas de que no podemos enterrar, y deudas que debemos reconocer aunque no pueden saldarse; esperanzas e ilusiones en las que debemos esperar y confiar, pero derechos que debemos rápidamente exigir y conquistar. ¿Que para ello se necesita mucho temple? De acuerdo. Pero ya lo dijo nuestro Figaro: « Hay momentos que es de muy cuerdo arriesgar la vida, sobre todo cuando se sabe ciertamente que, sin correr este riesgo, el peligro inminente de perderla se nos echa encima.

Hay secretos que son pedazos muertos que llevamos amortajados en nuestro organismo y que debemos expulsar, cueste lo que cueste. Y antes que confesarlos a nadie; que recurrir al sacerdote, al amigo, a nuestra querida, al psicoanalista, a nuestra madre, a nuestro hermano o al público; hay que tener la valentía y honradez de confesárnoslos a nosotros mismos. Que como dijo Guyau respecto a los pecados: « Con saberlos y tenerlos debemos hallar penitencia y gracia ».

PLACIDO BRAVO

Tres generaciones de animadores de

«La Protesta»

EN el gélido mes de junio de 1962, «La Protesta» cumplió dos tercios de su centenario y entra en una nueva fase de su existencia turbulenta. Con motivo de ese acontecimiento, la colectividad anarquista bonaerense se dió cita en el paraninfo de Construcciones Navales para celebrarlo y, como corolario de conversaciones iniciadas desde varios años atrás, se acordó proporcionarle los tónicos morales y materiales para hacerla quincenal y, eventualmente, semanal. Son albricias que mueven al elogio por el buen sentido común que parecía olvidado en la colectividad, desde antes del período ennegrecido iniciado en 1930 y que continúa manchando las páginas de la historia social de la República.

Estas circunstancias, por lo que tienen de proyección para el porvenir de nuestra propaganda, dando vuelta a la hoja o repasando la historia de los grandes animadores de nuestras ideas, vemos que una de sus obras que todavía perduran es «La Protesta». Bien sabemos todos, qué de vicisitudes no han transcurrido en ese período de sesenta y pico de años de que esta publicación es testigo. Y pocos saben hoy, hombres ya maduros que nacieron al finalizar la primera guerra mundial, lo que significa mantener, a pulmón, en el curso de todas las tormentas políticas, una bandera como para la anarquía representa esta publicación. Los hombres de hoy, que ya dimos la vuelta al medio siglo de parmenecer en este mundo, en el que no hay grandes cosas para ver, se hicieron en otra escuela, bajo otros predicados de la libertad ganada por sus padres y abuelos con el sacrificio de sus vidas. En aquel entonces, ser republicano de avanzada, socialista y más tarde comunista, implicaba el caos con mil infiernos ardiendo a cien mil calorías cada uno, multiplicados por cultivo. La Iglesia, tan devota siempre y cínicamente magnánima, presentaba a los anarquistas como producto adulterado de la naturaleza.

Los que pensamos a la manera de antes, los anticuados que mantenemos la divisa de la Primera Internacional al predicar que la «liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», vemos cómo las ideas se deforman, los conceptos se adulteran y los hombres se tornan maleables, dúctiles y fácilmente fosilizan; entendemos que el movimiento anarquista internacional tendría que hacer algo para evitar la pérdida de estos valores nuestros de que es cantera tan rica el movimiento. Ciertamente hoy no podremos recuperar la palabra de un Bakunin, de un Grehage, Kropotkin, Malatesta, Salvochea, Lorenzo... Ni la de Noi del Sucre, Pestaña, Boal, Ricardo Mella y cuantos, entre cientos de miles de ellos, cual mejor, animaron con sus destellos nuestros días. Pero lo que no puede repararse por el pasado, que no tiene cons-

trucción, está todavía en nosotros despilfarrar ese capital en el diamante que constituye el amigo, compañero nuestro, aún hoy, y que nos alienta y estimula. Qué de enseñanzas no podrían recibir las generaciones futuras si se posibilitara la grabación en cinta magnética de los recuerdos y cien mil anécdotas que podrían relatarnos, por ejemplo, un compañero como Pedro Vallina. ¡Qué portento de hechos no podría servir como basamento para la construcción de la historia futura, si la fértil imaginación de Diego Abad de Santillán pudiera plasmar en relato lo visto y vivido sobre las mil circunstancias en que tuvo la muerte en la mano y en qué sabe de quiénes la tuvieron también! Y quien menciona a Santillán, se lamenta hasta mismo de Rocker que no pudiera darnos cuánto supo y pudo. Ciertamente el relato escrito puede resultar bellamente expuesto, pero cuesta mucho trabajo y falta el tiempo para ocuparse de ello, pues que, salvo en el campamento comunista, el cultor de ideas es un lírico en buen romance, que tiene que volverse tortilla para conquistar su pan. Qué no podrá representar para los hombres del mañana la palabra de estos compañeros que en la mitad del presente siglo han tenido ante sí los destinos futuros de la humanidad, sino en posiciones dirigentes propiamente dichas, en la responsabilidad de sus palabras, de sus ejemplos, de sus hechos! Ese patrimonio es de urgencia recuperarlo para el acervo anarquista, en el relato, en el folleto, en el libro. Es la proclama, el manifiesto prohibido. El movimiento internacional debe atesorarlo y encontrar un sitio para ponerlo a recaudo del malón, de las invasiones militares, del alud totalitario, de esta regeneración del pensamiento democrático que se diluye en las alcantarillas de los llamados «partidos demócratas cristianos» de última moda.

No conseguiremos ya resucitar a Nettlau, a Reclus o Grave, Urales, Bertoni, Fabio Luz, sino a través de su obra escrita; pero estamos en situación de escuchar a muchos como hasta ayer pudimos oír la de Felipe Alaiz, de Alberto Cursi y de tantos otros que conviven en nuestra compañía como Nicolás T. Bernal, Efrén Castrejón, José C. Valadés que recuerdan lo que tiende a olvidarse de los comienzos de Tierra y Libertad, una vez desaparecidos los hermanos Flores Magón, Librado Rivera, Práxedes Guerrero, Sarabia y José Donato Padua, animadores de la revolución mexicana.

Y mencionamos, al galope de la memoria, solamente unos cuantos nombres de la gran cantera anarquista; quedan muchísimos de los buenos entre los mejores que viven y actúan de una u otra for-

ma: de los que no están, Rangel, Durruti, Ascaso, Fabbri, González Pacheco, Ghiraldo, Acín... Para todos, junto con Alberto Callejas, que nos sirve de locutor, estampamos aquí el recuerdo más emotivo, sin olvidar a López Arango. Todos estos tenían algo que decir. Algunos de ellos han pronunciado su mensaje y otros se esfuerzan todavía por animar a un movimiento juvenil que, precisamente por ello, pervive y se hace carne en las generaciones de todos los tiempos. El anarquismo no puede olvidar a sus artilleros, sus guerrilleros, sus pioneros desde los más humildes a los elevados estratos. En esta tierra de nadie que es la lucha diaria, todos tomamos parte. Para todos hay un lugar en la trinchera, cualquiera que sea su estirpe. Y la juventud, la generación que nos precede, la que sigue nuestros pasos, ha de empujarnos un poquito para reivindicar las inquietudes más simples, para volcarlas en esa gran ilusión que integra la Federación Anarquista Universal.

La nómina de los hombres que han pasado por «La Protesta» ya es casi interminable. En sesenta años de existencia activa para una causa que dignifica la Argentina, América y el mundo entero, dicen mucho más que las reacciones que ha tenido que soportar el movimiento anarquista. Con ser tan virulentos en América como en Rusia, alrededor de la mesa de redacción de «La Protesta» se han sentado las figuras más descolantes de la literatura rioplatense. Más propiamente, se han formado en «La Protesta». Florencio Sánchez, José de Matutana, Alberto Ghiraldo, Elías Castelnuovo, Juan Carulla, y mil más, todos hicieron sus primeras armas en nuestras publicaciones.

Los hombres que alentaron «La Protesta» y la vincularon al movimiento obrero, que luego iba a congregarse en la Federación Obrera Regional Argentina, con sus lógicas derivaciones como ocurre en todo cuerpo social, fueron Juan Greaghe, Héctor Mattei, Eduardo García Gilimón —cuyo libro «Hechos y Comentarios» espera su imprescindible reedición—, Martínez Paiva, Dardo López, Zamboni, Balsán y Florentino Giribaldi. Ellos han vestido de fiesta «La Protesta», presentándola al público con sus mejores galas, en la primera etapa de su existencia. Juan Greaghe, médico irlandés que recientemente había llegado al país con su diploma expedido por la Universidad de Dublin, con treinta años en las venas y un título chorreando tinta bajo el brazo, fue el alma de la iniciativa. Habíase instalado en Luján, ciudad cercana a Buenos Aires, desde donde seguía las pulsaciones de la República. Había tomado contacto con hombres como Bartolomé Víctor y Suárez, corresponsal de la Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores, editor de «El artesano», primero y de la «Crónica del Progreso» después.

«La Protesta», que anteriormente llevara el nombre de «El oprimido» y de la «La Protesta Humana» más tarde, adquirió mayoría de edad el primero de abril de 1904 en que aparece como diario. En los años anteriores había tenido en Gregorio Inglán Lafargue, y en José Prat después, dos de sus más empecinados animadores junto con Elan

Vevel, prosiguiendo la etapa trazada por el doctor Greaghe, que se hace cargo de la administración. Y una generación de hombres que surgían entonces y que más tarde habría de tener descolante actividad en el movimiento le dan vida a la empresa durante dos años en que Alberto Ghiraldo se hizo cargo de la dirección. Entre los distintos redactores recordamos al excelente poeta uruguayo Angel Farco, a quien, con emoción, saludamos en estas páginas; a Maceira, el pequeño Bakunin, que tenía la idea precisa y la palabra certera para expresar el pensamiento anárquico; Teodoro Antilli y Rodolfo González Pacheco, dos figuras prominentes que desde distintos ángulos han realizado una labor de permanencia en el campo de las ideas; a Moscoso, Arín, Paniza, Dardo López, Senra, Anderson Pacheco, Monilla, «Richard»...

El movimiento anarquista cuenta entre sus teóricos con médicos como Juan Lazarte, Pedro Vallina, Marc Pierrot, Juan Greage, Fabio Luz, quienes, al margen de su doloroso ministerio ha tenido tiempo para soltar la imaginación y la palabra para hacer acto de presencia en la calle, en el local, en el salón de conferencias, en la redacción del periódico, revista o diario. Juan Greage salió de Buenos Aires para trasladarse a México porque había escuchado el grito de Tierra y Libertad, en 1911. Recordó que pertenecía a una sociedad de médicos y que sus estatutos prescribían entregar una determinada suma a aquellos socios necesitados. Le entregaron tres mil pesos. Una fortuna. Ese dinero le permitió plantarse en la capital azteca, donde Francisco Madero se hacía fuerte e inclinaba el carro de la revolución al costado capitalista, en tanto Pancho Villa, cruzado de brazos, observaba, como Emiliano Zapata, agitado por los compañeros de «Regeneración», se consumía en una lucha cruenta donde se jugaban los destinos del futuro mexicano.

Allí permaneció Juan Grehage poco tiempo, pero el suficiente como para identificarse con México y los grandes problemas de aquel movimiento social que él quería hacer conocer a los trabajadores argentinos. Pensó dar a publicidad un manifiesto sobre estas cuestiones, pero reflexionando sobre el caso, en 1913 volvió a la Argentina para hacer conocer ese primer esfuerzo revolucionario a través de la prensa anarquista. La palabra de Grehage no fue escuchada. Las generaciones que se encontraban en pleno apogeo de la lucha, no lo entendieron; los jóvenes y los viejos consideraron desafortunada su iniciativa, viendo en aquel movimiento no una revolución social, sino un golpe político para sustituir un gobierno por otro. Cansado de discutir y viendo que nada podía hacer, ni como médico ni como luchador, a fines de ese año decidió ausentarse definitivamente. Se incorporó al grupo editor de «Renovación», residente en Los Angeles. Allí vivió al calor de los ideales, quemando los últimos cartuchos, de aquel cargamento que trajera de Irlanda «allá lejos y hace tiempo», como titulara un libro Guillermo Enrique Hudson, otro de los anarconautas que entraron al espacio vital de América por el ombligo del Río de la Plata.

Con los compañeros de «Renovación» estuvo el doctor Grehage hasta el momento de su fallecimiento, en el Western Hotel, Hospital de Washington, el 19 de febrero de 1920. De esta manera justificó su existencia. Para algo su madre lo había dado a luz. Su altruismo, el gran caudal de ideas que le hervían en el cerebro, su constancia y confianza en el porvenir dicen todo lo demás. En su clínica de Luján cumplió con su deber de médico en los límites más amplios de la solidaridad que el juramento exige a un profesional de la medicina. Optimista, y convencido de que los pueblos están llamados a constituir un día la gran familia universal, él quiso acelerar ese advenimiento. Para eso se había quemado los ojos y la masa encefálica al hacer diario a «La Protesta», para que fuese portador del mensaje anarquista, llevando su protesta de injusticias a todas las fronteras del mundo. Con ese fin ha salido a la calle, voceando el diario en las narices de los polizontes, revólver en mano, anunciando con todo entusiasmo y con toda valentía la revolución social.

«La Protesta» y el movimiento anarquista internacional:

En la última etapa de su agitada existencia como diario, luego que Grehage se ausentó del país, ha sido objeto de todos los atropellos, como órgano de publicidad y cuerpo físico de ataque en sus animadores. El período de la primera guerra mundial lo sorteó con todas las dificultades. En ese entonces se han sucedido varias personas en su redacción, todas animadas a dar cuerpo a un movimiento obrero de conciencia. La tarea resultó muy dolorosa, pero ha sido un campo de experimentación que todavía está en desarrollo. Al terminar las hostilidades, el movimiento obrero se encontró exhausto económicamente. Pero a medida que el país se iba recobrando, después de un bloqueo de cuatro años, tomó brio la propaganda anarquista que pareció dormida o desaparecida del plano nacional. La guerra, como todas las guerras, la habían declarado ellos, los otros, los que tenían intereses en juego. Y la perdimos nosotros, los trabajadores, los explotados, los que no tenemos asiento en el banquete del progreso a menos que nos lo conquistemos por el único medio conocido: el de la acción directa.

Resurgió así el movimiento que fue tomando cuerpo y posiciones ideológicas más firmes, tan luego en este momento en que la revolución rusa parecía absorber las energías del proletariado internacional. Las polémicas se suceden a las polémicas y era necesario encontrar un punto de apoyo firme que mantuviera en alto el estandarte anarquista, y canalizara aquellas energías hacia fines positivos. Que esto ha producido sus efectos no tiene discusión porque acontecimientos posteriores que se han desenvuelto en la década de 1920 al 1930 así lo testimonian.

Dos hombres sobre todo han comprendido la importancia del momento: E. López Arango y Diego Abad de Santillán. En «La Protesta» del 22 de julio al 7 de agosto de 1926, se ha publicado un resumen de la «situación del movimiento y de la propaganda

anarquista en los diversos países». Siendo entonces el único diario anarquista del mundo, y uno de los órganos más viejos ya del movimiento sobre todo en América latina, el grupo editor supo ubicarse dentro del tiempo y de las circunstancias que vivía el mundo. Tanto Santillán como López Arango, perfectamente identificados con la trayectoria del movimiento, dieron un impulso magnífico de claridad y definición, cuando el comunismo apuntaba con su dictadura. A través de una labor diaria, con un artículo de fondo al que los ojos se iban tomando el ejemplar, pudo liberarse el movimiento de ser absorbido por el despotismo, aunque no logró evitar el despedezamiento por las desidencias, inoperancias y falta de visión en el momento crucial. La lucha de tantos años y contra tanto enemigo que partía de agrupaciones interesadas en su desprestigio, de sindicatos pagados ya con dinero mal habido por el comunismo, de desviaciones sindicalistas que pretendían imprimir al movimiento una tónica nueva al margen de todo lo conocido, de ligas patrióticas que veían hasta en la más inocente biblioteca anarquista una sucursal luciferiana y el poder policial que mantenía su control sobre todos los movimientos opositores y los iba ubicando por los medios propios de tan poderosa institución, terminaron con una obra de tan vastos alcances como ya bien pocos hombres de la última generación conocen.

Emilio López Arango, que ha tenido un fin muy lamentable, era de una rectitud formal a la resistencia del fuego. Su artículo de fondo de que es testimonio viviente la colección del diario en ese período, respondía a una condición de lógica. Poco emotivo en el juego de las palabras, lo que escribía tenía pocas refutaciones y para hacerlas preciso era colocarse a la altura superior de su razonamiento. El artículo de fondo y un artículo interior, comentando la actualidad, eran las dos faenas más importantes de su actividad. Culto, con un estilo literario que le singulariza, el movimiento ha encontrado en él uno de sus mejores expositores. Al lado de Gilimón y de Florentino Chiribaldi —que dos veces ha pasado por «La Protesta»—, López Arango dejó la huella profunda de su paso por el diario.

Santillán se quedó en Buenos Aires a su regreso de Berlín, a donde había acudido como delegado al Congreso constitutivo de la Asociación Internacional de Trabajadores. Su capacidad intelectual unida al conocimiento de los idiomas europeos y una sana y fértil imaginación, propias de su juventud y de su tiempo, han impreso el sello cultural que distingue al movimiento anarquista de lengua castellana. Estudioso a carta cabal, con una dosis de sacrificio casi inconcebible, mientras estuvo en «La Protesta» los días para él tenían 48 horas. Su gran capacidad de trabajo y de reunión de elementos, dieron cuerpo a la bibliografía anarquista del período 1920-1930 y al que, aún de allí en adelante, aportó varias traducciones. Dejando al margen su actuación en España, donde tuvo primerísima participación en la formación de las milicias confederales que con Durruti llegaron a Barbastro y se pusieron a tiro

de Zaragoza, la actividad de este compañero en el diario supera a cuanto es imaginable.

Su artículo diario en primera plana a la derecha; su comentario de alto vuelo sobre cualquier aspecto de la vida internacional, sus sancochados sobre los múltiples aspectos, eran de rigor. Había que escribir una página completa por día, otra era de colaboración, la última del movimiento. Y un diario sale todos los días, de manera que Santillán no tenía tiempo para enfermarse. Las enfermedades le han tratado con benignidad. Ordenar el diario, preparar el Suplemento Semanal de «La Protesta», con sus 8 páginas, para salida del lunes en que no lo hacía el diario, las múltiples traducciones tanto para el Suplemento como de libros y folletos, la redacción de sus propios libros y folletos, la investigación y... la discusión de problemas intrascendentes, finalmente le hicieron caer de bruces, por agotamiento, sobre el embaldosado del piso de Perú 1537. El levantamiento militar de 1930 obligó a que alguien lo sacara a rastras del local. Ha sido una liberación. Quizás a ese acontecimiento desgraciado se deba que todavía Diego Abad de Santillán esté vivo.

A Santillán se debe que el movimiento anarquista de habla castellana conozca la obra de Luigi Fabbrì, Emma Goldman, Juan Grave, Agustín Hamón, Enrique Malatesta en su copiosa labor de propaganda, Ricardo Mella, Max Nettlau en toda la amplitud de nuestra admiración, Domela Nieuwenhuis, Marc Pierrot, los hermanos Reclús, José C. Valadés, Rodolfo Rocker, Pedro Archinoff, Volín, Neno Vasco, Agustín Souchy, William Morris, J. Dejacque, Néstor Mackno, la obra de Luis Bertoni, Hugo Treni y que haya podido cumplirse buena parte de una editorial como la de «La Protesta» que, comenzando por los primeros cinco tomos de las Obras Completas de Miguel Bakunin, se fue extendiendo a la vida de «Jhon Most», de Rocker, a «Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España 1883-1886», de Max Nettlau, «Cartas a una mujer sobre la anarquía», de L. Fabbrì; «Los anarquistas», de Lombroso y Mella; «Mi comunismo» y «Temas subversivos», de Sebastián Faure, e infinidad de folletos, que fueron todo un acontecer en nuestro movimiento.

A Santillán se le debe, además, la iniciativa de la Guilda de Amigos del Libro, institución de corta pero simpática existencia en nuestro ambiente y además la organización del Certamen Internacional de «La Protesta», la Encuesta «Los Iconoclastas», de Steubenville, y su colaboración en toda iniciativa altruista en pro de nuestras ideas.

Bien claro está que no ha sido Diego Abad de Santillán solamente quien ha desarrollado el cien por cien de esta labor gigantesca. El ha tenido algunos colaboradores por veces que le han «dado una mano» en las faenas más comunes, pero contó con el auxilio Lucía y de Joaquín Gómez, de Mario Torrente, de Carto Fontana, de Apolinario Barrera, que le han punzado, azuzándolo a que siguiera, estimulándolo, ennobleciéndolo en su trabajo silencioso, anónimo casi, para todos los cuales tenemos el recuerdo de un cordial respeto.

A esta nueva etapa de «La Protesta», bueno sería agregar siquiera los nombres de varios pioneros como lo fueron en su tiempo Salvadora Medina Onrubia, Gabriel Biagiotti, Denambride, Enrique Nido..., sin olvidar a Bautista Fueyo y a su hijo Flolidario, que acaba de fallecer, lo mismo que a Juan Raggio, e infinidad de los mejores que no se han mencionado. El compañero Tato Lorenzo y Pascual Minotti, que residen del otro lado del río se sorprenden que una población de 9.000.000 de habitantes en el radio de Magdalena hasta Luján y desde el Tigre a Buenos Aires no cuente con un caudal ideológico y económico suficiente como mantener un diario. Se lamentan que en una nación de 20.000.000 de habitantes, en 1962, con las reservas morales propias de nuestro tiempo, no se atrevan a llevar adelante la iniciativa. La respuesta se ha dado y es de esperar que lo demás vendrá por consecuencia lógica.

América está ausente de estos problemas en buena parte de las comunidades que la integran. Con excepción de México, Venezuela y el Uruguay, es en la Argentina donde el movimiento se resiste a desaparecer. Los políticos del socialismo, primero corrompieron a los trabajadores que les seguían, domesticándolos en un sindicalismo amarillento, que después le presentaron al peronismo. Luego se despedazaron entre sí. La clase trabajadora no tiene una tabla de salvación, un refugio donde guarecerse, un ideal que le aliente en sus conquistas futuras. Amaestradas en sindicatos políticos, dispuestas a darles el voto al orador de turno que le promete una migaja, reside ahí todo el ideal de este momento histórico. Pocos, o muy pocos, saben que el mundo vive el período más agudo y peligroso a la vez de su existencia. Un pedazo mayor o menor de pan son simples cataplasmas aplicadas al cuerpo social, que nada resuelven. Eso es lo que tiene que decir un órgano anarquista al obrero que no entiende, al letrado (médico, escribano, abogado), que tampoco entiende; al niño y al joven que le van alas y que no quieren ser embarcados con castillos de mentiras, con ideas inoperantes, sino de realización inmediata, de conquista, en seguida, antes de que la avalancha nos atrape. Todo eso tendrá que decir la publicación que esperamos... e incluso zarandearnos a los viejos, anquilosados, caprichosos y pasados al inventario de «almas muertas».

CAMPIO CARPIO



El hombre y los complejos del mundo autoritario

(Continuación.)

En el mundo autoritario, vacío totalmente de humanitarismo, sin más ética que la que suena a metálico, pocas manos nobles, desinteresadas, comprensivas y generosas se tienden entre los hombres. En el seno de aquél cuanto más dinero y bienes materiales acumule el sujeto tanto más moral se le considera, entre los autoritarios, por inmoralmente que los haya conseguido. Este y otros sujetos como él ¡cómo van a comprender el gesto de humana protesta de Zweig ni cuán tranquilos ven llegar la hora final los individuos que dedicaron sus vidas a la solidaridad, al bien común, aunque acaben poseyendo sólo lo que cubre sus cuerpos!

¡Ah de los desheredados y de los rebeldes e idealistas que, por ser Quijotes, humanos, muy humanos, sin dinero llegan a la edad proveya! Quedan, generalmente hablando, desamparados, aislados, solos. Apenas se les acercan los más allegados —salvo excepciones muy honrosas— que cerca los tendrían si nadaran en la abundancia económica. Vedlos alejarse de ellos más y más, pasar muy cerca de los mismos a veces y preferir no verlos, alejarse prontamente para no ser advertidos, y servir cualquier pretexto para provocar la separación definitiva: unos absorbidos por el mundo autoritario, luchando para adquirir privilegios y riquezas, sin importar cómo, y otros, soñando en un mundo mejor, sonrientes y felices con sus sueños que saben algún día serán realidad. Por eso no les duele no disfrutar de reciprocidad solidaria; lamentan solamente no haber logrado todavía terminar con todos los sufrimientos humanos, de carácter social y psicológico y desean que sus hijos o sus nietos, biznietos, y todas las generaciones que seguirán, a las que ya aman, sin conocerlas, no vean ni sufran las desdichas y las miserias morales que hoy se desarrollan a nuestro derredor.

A los soñadores de cierta edad avanzada, o pensando como Zweig —pero sin dinero—, pocos los quieren a su lado, y tienen que emprender la marcha, como idealistas errantes, en busca de otros horizontes más humanos, para no ser carga de los que un día lo fueron para otros sin haber éstos preferido quejas. Y si retrasan la partida y no dejan de soñar, a tiempo se les acercan sujetos que los sacuden y «despiertan» exigiéndoles salden a deudos que contrajeron en momentos desgraciados de sus vidas, por enfermedades propias o de familiares y muerte de alguno de éstos, por ejemplo, etc. Que siempre cumplieron sus compromisos, pero esta vez no pudieron cumplir, porque la desdicha los desequilibró y perdieron hasta el deseo de vivir: nada

les importa. Pagad; dadnos el dinero que os prestamos; lo que os ocurre no nos interesa. Sólo los sinvergüenzas se quedan sin pagar. Etc. Por lo tanto, si no pagáis, el juez y la cárcel os ospera.

En los «mejores casos», no pudiendo recurrir a estos extremos recursos, por X causas, los que nadan en dinero —bien o mal adquirido o «venido», o lo poseen en suficiente cantidad para vivir holgadamente, con pasado más o menos «borrascoso», que prestaron cantidades pensando que las iban a recuperar pronto, o de lo contrario no las hubiesen prestado, pese a comprobar que aún queriendo los deudores no pueden saldarles las deudas metálicas por la terrible situación que atravesaron, los señalan con el índice acusándolos de grandes sinvergüenzas —a sus espaldas, como perfectos bellacos—, de no cumplir con la ética capitalista. Lo curioso es que no faltan los que prefieren —por ser inmorales de pies a cabeza— no cobrar, que no puedan pagarles para poder despotricar contra los deudores que en el curso de sus largas vidas rectas sólo cometieron un error, el mayor de sus errores: haberles pedido una vez ayuda que hoy maldicen, que pagaron con creces con la parte de su «tesoro moral» que les arrebataron, más valiosa que sus viles monedas.

Los devotos del «Dinero», impacientes o no por recuperar, con o sin réditos, las cantidades que prestaron, y los que más que las monedas prefieren hundir moralmente al deudor que les echó en cara sus inmoralidades, pueden, todos, medirse con su propia vara: la misma ética capitalista impone voluminosas sanciones monetarias a los sujetos que denigran a otros, en privado y públicamente, en el medio donde aquél se desarrolla, de palabra o escrito, creciendo las compensaciones económicas en proporción al tiempo que han realizado su inmoral obra en perjuicio del buen nombre y de la buena conducta del o de los ofendidos.

Razonando como razonan los que están de acuerdo con la ética capitalista a sus razones otros razonamientos de la misma mala índole les responde. Pero a fin de cuentas poco valdrían las mejores razones «legales» de no tener bastante dinero para comprar a los jueces, y no perder el caso aun teniendo la mayor razón del mundo. Sin embargo, desde el punto de vista libertario, sin dolor, y sin rencor, el mal hecho a la persona humana hecho está, por ejemplo, y es deuda moral que ningún dinero basta para saldarla. Los que deuda de tal carácter contraen sólo pueden saldarla elevando, a la vista de todo el mundo, su propia condición humana, volviendo a ser auténticamente humano.

Muchos de nuestros semejantes, tarde a veces,

piensan y sienten que no cumplieron con mínimos deberes de solidaridad, que fueron inhumanos, que se comportaron peor que las bestias con personas que, por mil buenas razones, agrandadas con el tiempo, llamaron queridas durante muchos años. La conciencia los acusa que, un día aciago, movidos por insanos egoísmos, pensaron, muy quedamente, que preferían olvidar que existieran siquiera las personas que les hicieron bien, y hasta los ejemplos de sus vidas heroicas para no sentirse, en cierto modo, obligados a la reciprocidad. Sienten, al fin, haberse dejado arrastrar por las pasiones y ambiciones mezquinas engendradas y cultivadas por el mundo autoritario para que el sujeto sólo piense en su propio futuro a disfrutar a sus anchas. Pero lo cierto es que, si no mueren antes de alcanzarlo, el último y más largo período de sus vidas carecen de los elementos afectivos que las hacen dichosas, agobiadas por los **complejos de culpa**.

¡Qué poca ventura da a muchos sujetos el dinero por el dinero mismo! Con éste la mayoría obtiene satisfacciones pasajeras, efímeras que poco, muy poco, tienen que ver con lo que nos hace felices, permanentemente, hasta el fin de nuestros días: contribuir a la felicidad de los demás. Observad a los que van acumulando dinero, avaramente, regateando solidaridad hasta a sus más allegados por temor a pasar, algún día, por lo que llaman penosa —por no decir «vergonzosa»— **situación** de éstos, que no pensaban en sí mismos, y que sufren muchos otros congéneres. Sin embargo, visto desde un riguroso punto de vista social y humano lo verdaderamente penoso, triste, es constatar la miseria moral de los que así proceden. Son dignos de compasión, porque en realidad los **vencedores** —corto es el número que llegan a serlo— en la competencia por adquirir riquezas a costa, generalmente hablando, de los demás, son los **vencidos** por el mundo autoritario que los deja sin un girón siquiera de lo humano de lo más valioso del hombre de lo que le da verdadera **categoría humana**.

Desaparezca el desamor entre los seres humanos considerando que todos los llamados vencedores y vencidos somos víctimas de tal mundo regido por el principio de autoridad. En su sistema físico y nervioso, el ser psicosomático de cada sujeto está tranquilo, sin sosiego, alerta, en permanente actitud hostil, de combate frente a sus semejantes, considerándolo su peor enemigo, el más astuto e implacable que puede malograr sus propósitos, que son los suyos también. Todos y cada uno de los seres humanos está siempre dispuesto a sorprender y no ser sorprendido por su competidor ávido de riquezas. Al sentirse inseguros, en peligro mortal, se entregan, casi completamente, con todas sus energías, a competencias instintivas primarias, antivitalas; se mueven y se agitan como fieras en acecho, peor que en la selva; temen siempre ser sorprendidos y destruidos por sus congéneres.

Este es el sufrir, que no el vivir decentemente, en todos los regímenes autoritarios que mantienen, en todos los países, la lucha de uno contra todos y de todos contra uno, en vez del construc-

tivo principio social, moral y solidario **todos para uno y uno para todos**, que defendemos los libertarios.

La sociedad autoritaria embruteciendo y maleando a los hombres impide, en la mayoría de éstos, la formación de buenas estructuras psicológicas y debilita las de los que las tienen relativamente bien constituidas gracias a ser más conscientes, amar más a la Libertad y realizar sus voluntades esfuerzos positivos por ser mejores. Pero en todos forma malos hábitos y les provoca trastornos nerviosos, neurosis y psicosis, toda clase de anomalías y desequilibrios psíquicos y mentales que enferman, en realidad, a la Humanidad toda.

En medio de la civilización y de la cultura bárbaras de nuestros días, vacías de morales, de nobles, de bellos y generosos ideales pocos sujetos escapan a tener defectos y complejos peculiares de la misma «sociedad» autoritaria desequilibrada de pies a cabeza: el complejo de poder, que enajena y tantos dislates hace cometer; el de individualismo insociable; el de acaparamiento, aunque lo acaparado se eche a perder sin aprovecharlo otros semejantes que lo precisan para no morir prematuramente pudiendo satisfacer sus necesidades primordiales; el egocéntrico y el ególatra exacerbados por el mismo ambiente; el de inferioridad y el de superioridad bestial, que se confunden y se unen a otros complejos, etc. Y todos se desarrollan tanto en los dominios del Tío Sam como en los más sombríos del zar rojo.

Todos los componentes de la sociedad autoritaria, privilegiados y desheredados —éstos en grado superlativo— están sometidos al temor permanente de la guerra y a la inseguridad del mañana sin pan, sin cultura, sin abrigo, sin casa, de abandono y miseria. Esta última situación la mayoría de nuestros semejantes están, de antemano, condenados a sufrirla. Y muchos peor: en el arroyo. Y para escapar a estas terribles situaciones la inmensa mayoría de los sujetos cometen las acciones más reprobables y atroces, y se forman complejos de culpa de todos los tipos por mil distintos comportamientos observados contra familiares, amigos y personas conocidas o no.

Vemos, pues, que no todos los complejos son de origen inconsciente o traumático. La mayoría los adquieren los sujetos, y se extinguirán tan pronto hagamos desaparecer al mundo autoritario que los genera y los cultiva; tan prontamente decidamos vivir en una sociedad libertaria basada en la igualdad efectiva, y bien entendida, de derechos y deberes, en la que cada miembro de la misma pueda elegir el trabajo manual o intelectual para el que tiene, realmente, más vocación, aptitud y habilidad. Y trabajando cada uno y todos, según sus fuerzas y consumiendo según sus necesidades, practicando la equidad, se vivirá la verdadera justicia social.

No caben términos medios en la lucha contra los complejos y contra todos los males de origen social y psicológico: por la mala o la buena cultura, por la actual sociedad que basándose en el

principio de autoridad se opone al desarrollo de conciencia moral, que se dé útil y elevado sentido a la vida individual y colectiva o por la sociedad que ha de venir, basando su organización en el principio de libertad, que persigue esos nobles fines por los que luchamos los libertarios en España en 1936-39. Precisamente por esto, la revolución social española tuvo la oposición de todo el mundo autoritario, desde el Tío Sam al zar rojo, que hoy piden y exigen a los hombres de ciencia que los ayuden a sostener al precitado mundo in-mundo.

Hoy el llamado que los libertarios hacemos a nuestros semejantes de todo el orbe, con buen sentido común, es el llamado mismo consciente de la especie humana, que no quiere desaparecer aplastada bajo las estructuras autoritarias que amenazan ruina pese a sus apariencias sólidas. Son engañosas, falsas. Recuerdan que su «debilidad» es la guerra y al no poder eludirla, porque forma parte de su naturaleza misma, en cualquier momento puede producir el fin de todas las especies biológicas.

Se trata de curar a la sociedad del mal autoritario que tantos males ocasiona a los hombres. Y el medio o método psicoterapéutico más recomendable dada, sobre todo, la gravedad de su estado, es acabar, radicalmente, con el autoritarismo que lo engendra. Lo demás son paliativos que provocan recaídas más graves. Abundan los ejemplos de pueblos que después de adoptar sistemas «democráticos» de gobierno al poder desenvolverse los hombres con menos «dosis de tóxico autoritario», al recuperar alguna salud psíquica, mental, — evoluciona — como en el Perú actualmente — y reclamar la libertad, la que es capaz de practicar y en general, más derecho a la vida, vuelven a ser víctimas de más opresión, de la autoridad, armada hasta los dientes, que pretende que los hombres sólo formen rebaños, y vuelven los regímenes dictatoriales.

Los médicos y los psicólogos, en particular, saben que a un alcohólico, a un fumador, en fin, a cualquier vicioso no se le ha de aconsejar que deje el vicio poco a poco, fumando, por ejemplo, cada día menos. La experiencia médica y psicoterapéutica demuestra que ese método es, generalmente hablando, ineficaz. Hoy la Medicina, la Psicología y la Psicoterapia aconsejan drásticas y eficaces medidas: que abandone el vicio, cualquier vicio, inmediatamente; que siga el tratamiento adecuado, si el caso lo exige, pero que lo combata, totalmente, desde el primer instante que toma la decisión de desarraigarlo de su naturaleza, que no tiene por qué ser esclava, dominada, por ningún vicio. Y esta decisión ha de hacerla saber a los demás, proclamarla a los cuatro vientos; no ha de callar lo que está dispuesto a hacer desafiando y combatiendo a los mismos Estados que fomentan los vicios para comerciar hasta con la salud física y mental de las personas.

Lo bueno para el cuerpo humano lo es para el cuerpo social, como malo es para éste lo que hace mal a la mayoría de sus componentes. La conclu-

sión es obvia: el sano equilibrio individual y colectivo exige terminar, rotundamente, con el mundo autoritario, intoxicador permanente de las relaciones del individuo humano con sus semejantes, entre los miembros de cada familia y de la sociedad en general.

Las verdades más sencillas y esenciales son casi siempre las que más tardamos en advertir en un mundo de violencias que se empeña en complicarlo todo para desorientar a los hombres y a los pueblos. Y la verdad fundamental que exponemos los libertarios, que tratamos de establecerla en España en 1936-39 ha de ser, pronto, antes que sea demasiado tarde, advertida, admitida y defendida por nuestros semejantes de todo el mundo.

Enorme es la responsabilidad social y moral que en esta hora pesa sobre las conciencias de las mujeres y de los hombres de ciencia o no, pero plenamente conscientes del momento dramático que viven. Es hora ya de negarnos a colaborar con los Estados: no abduquemos más en favor de los fabricantes de vicios, de discordias entre los seres humanos, de armas y de sistemas de explotación y de dominación del hombre por el hombre. No más favorecer la continuidad de las situaciones dolorosas, antisociales y antibiológicas, de guerra permanente entre los miembros de nuestra especie.

Otbremos de acuerdo con nuestras conciencias inspirándonos en los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad. Por respeto que nos merezca la familia, por el mismo amor que sentimos por cada uno de sus miembros, empezando por los progenitores, por respeto a nosotros mismos, no admitamos se avasalle nuestra personalidad, que la humillen pretendiendo hacerla abdicar, atarla al pasado que nada puede solucionar en el presente. El ayer, con todos sus errores, que nos acercan a un cataclismo atómico, ha de morir haciendo triunfar la concepción de universalidad con ética científica-humana válida para todos los hombres del mundo. Basta que a los jóvenes de todas las edades físicas y mentales pretendan continuar haciéndoles pensar y sentir como viejos, de acuerdo con todo lo que los amenaza de muerte. Precisamente, por amor a los que más queremos, a propios y extraños, a todos nuestros semejantes, no hemos de admitir, en la era atómica, las influencias de partido, de facción, de grupo político y religioso que tan sujetos están a la tradición, a lo trasnochado, a todo lo que se opone a la corriente de humanización de la vida social en todas sus manifestaciones.

No nos falta valor humano para eliminar el complejo formado por mal sentido a nuestra vida, que nos deshumanizó un tiempo; pensemos que lo peor — lo saben bien los psicólogos y las personas evolucionadas — es la insistencia en seguir, por cobardía o por mezquinas conveniencias personales, la misma ruta que nos hizo perder jirones de nuestra condición humana.

Reconozcamos cuando dejamos que las malas cosas pasaran por encima de nosotros dañándonos o dañando sólo a los demás sin oponernos, resuel-

La ley del menor esfuerzo

AS confesiones religiosas y los partidos políticos se disputan la fe dogmática y la obediencia de cadáver de sus feligreses y correligionarios. La fe dogmática no es más aceptable que la obediencia de cadáver. Obediencia y fe conllevan la renuncia de la personalidad en aras de un principio autoritario.

Trescientos años de librepensamiento, de herejía científica, de crítica del dogma y de arrogancia inconoclasta, no han logrado liberar al hombre del grillete de la esclavitud, soporte a la vez toda opresión y material.

La teoría del menor esfuerzo y la pereza mental, la rutina y el hábito de reata, han venido frenando y malogrando todo avance sensible del progreso social. Entre la frondosa variedad de dogmas autoritarios se halla el tabú de hablar al pueblo francamente, con sinceridad brutal, haciendo caso omiso de ciertas liberalidades y especulaciones, convencionales o demasiado interesadas.

tamente, a las mismas o sin intentar, al menos, evitarlas, pero dispuestos a no cometer los mismos errores. Evaluemos las acciones y los hechos, pasados y presentes, sin tratar de eludir la parte de culpa que en todo nos corresponda pensando que la culpable, casi la única culpable es la sociedad autoritaria summum de fealdades y de inmoralidades.

Nuevo rumbo a las vidas humanas y a la sociedad que ha de cumplir, realmente, con la misión fundamental de ayudar al individuo y a todos los individuos humanos que la forman. Lo esencial es la libertad. Pues a defenderla, a no transigir con ninguna forma de autoridad. Cada una y todas mantienen el militarismo, la violencia organizada para defender sistema de organización política — mal llamada social — anormales, antisociales, desequilibradoras.

Vale la pena aceptar cualquier riesgo por la actitud erecta, humanísima, que adoptamos frente al mundo autoritario. Lo denigrante, lo peor, repetimos, es negarnos a nosotros mismos, como humanos reflexivos y experimentados, persistiendo en el error.

La liberación del hombre de los egoísmos bestiales, de todas las servidumbres, de las tendencias de agresión bélicas, y de todos los malos complejos negativos, destructivos, ha de empezarla él mismo desarraigándolos de su naturaleza y sacudiéndose el brutal dominio del mundo autoritario que ha de morir por injusto, por inhumano, por cruel.

F. OCANA

Intocable es la pereza mental de las grandes masas definidas como cuarto Estado, como clase proletaria o más generalmente bajo el burdo común de «pueblo».

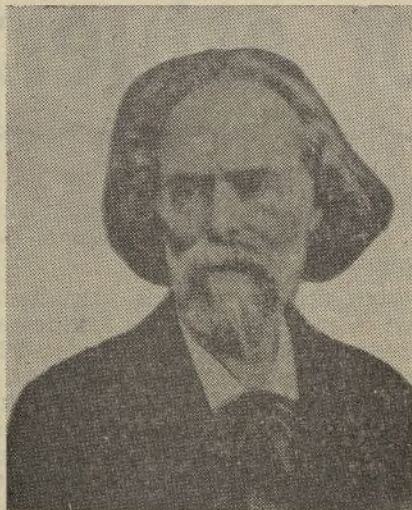
El verboso siglo que vivimos juzga natural organizar con la masa sangrientos festines en honor a Marte, todo y exaltando las virtudes del pueblo. Los devaneos autoritarios de los Estados, el totalitarismo manicomial, son a la vez cantores y ejecutores; ejecutores de matanzas masivas e intensivas y fogosos apologistas de las prerrogativas populares. La reclame patriótica que antecede a toda movilización popular es una verdadera exaltación de quintaesenciadas virtudes cuyo consignatario es el pueblo.

La inmensa mayoría de los actos oratorios son misas cantadas en sufragio del público presente. Este escucha los arrebatos verbosos de los misioneros políticos con delectación bovina.

Quitad al rito religioso, católico o protestante, la parte contagiosa por vía de la rutina o de la frivolidad; quitadles a los feligreses la oportunidad de concertar citas profanas e hilvanar negocios materialistas en complicidad con los santos, monaguillos y sacristanes; quitadle a la religión la parte espectacular, el boato escenográfico en ciertas fechas señaladas y reduciréis a los curas a la inanición. El merodeo del curato de cara a la limosna pía es un síntoma de penuria pía. El mitin político ha arrebatado a la iglesia su feligresía. En el mitin político no se vomitan imprecaciones contra las ovejas; no se les atemoriza con tremebundas visiones del infierno ni con amenazas de penitencias dantescas. En el acto político se maneja el incensario con mayor pericia que en el templo de Cristo. Se halagan hasta la abyección virtudes reales, dudosas y supuestas. Y el pueblo que no quiere pensar, que siente pereza de pensar, que siente la embriaguez del olvido o se olvida en la embriaguez; el pueblo que se resigna a obedecer acatando la ley vulgar del menor esfuerzo, perdona todas las ofensas, la jornada de sol a sol, el látigo del capataz, el picadero del cuartel y el picadillo de la guerra a cambio de una cascada de zalamerías y de pródigas promesas sin consecuencias.

Ninguna tiranía se sostiene sin la complicidad moral y material de sus propias víctimas. Cantemos menos las excelencias de la masa y fustiguemos más sus debilidades y complicidades. Despertemos en el hombre, en el fuero interno del individuo, la conciencia, la dignidad y la rebeldía. Dejemos de ser soporte y pedestal, y la tiranía, toda tiranía, caerá en el vacío.

R.



(Continuación.)

A esta carta Bakunin respondió el 15 de febrero de 1875 con una carta que puede llamarse su testamento político, pues por última vez relata sus opiniones sobre el futuro europeo, cual lo predecía. Cartas posteriores a su amigo Reichel y a otros, aluden también a las cuestiones generales, pero ninguna lo hace con la precisa forma de ésta:

«Lugano, 15 de febrero de 1875.

Mi muy querido amigo: Le agradezco sus palabras tan amables. Nunca dudé de su amistad; este sentimiento es también recíproco y juzgo el de usted por el mío.

Sí, usted tiene razón, la Revolución por el momento ha vuelto a su cauce, retrocedemos al período de las evoluciones, es decir, en las subterráneas, invisibles y a menudo insensibles revoluciones. La evolución del día presente es muy peligrosa, si no para la humanidad, al menos para ciertas naciones —se trata de la última reencarnación de una clase agotada, jugando su última carta bajo la protección de la dictadura militar— la dictadura del bonapartista Mac Mahon en Francia, y la de Bismarck en el resto de Europa.

Esto de acuerdo con usted al decir que la hora de la evolución ha pasado, no debido a la temerosa desgracia de la cual hemos sido testigos, y a las terribles derrotas cuyas víctimas más o menos culpables hemos sido—, sino porque para mi gran desesperación he averiguado y me doy cuenta cada día, que el pensamiento revolucionario, la esperanza y la pasión no existen absolutamente en las masas, y cuando éstas están ausentes, aunque hagamos todo esfuerzo posible, no lograremos nada. Admiro la heroica paciencia y perseverancia de los Jurasianos y los belgas —(de la Internacional)—, esos últimos mohicanos de la última Internacional, que a pesar de todas las dificultades, adversidades y obstáculos en medio de la general indiferencia, oponen un frente obstinado a la ab-

ELISEO RECLUS Y

solutamente contraria corriente de las cosas, que continuaban tranquilamente haciendo lo que hicieron antes de las catástrofes cuando el movimiento estaba en ascenso y cuando el más pequeño de los esfuerzos creaba nuevas fuerzas.

Su trabajo es mucho más meritorio desde el momento en que no madurará en frutos, pero pueden estar ciertos de que su labor no será vana —nada se pierde en el mundo— y las gotas de agua, invisibles en sí mismas, no por eso dejan de engrosar el océano.

En cuanto a mí, mi querido amigo, me he vuelto demasiado viejo, demasiado enfermo, demasiado cansado, y debo decirlo, en muchos aspectos muy desilusionado, para sentir el deseo o tener el vigor de participar en dicho trabajo, me he casi decididamente retirado de la lucha y pasaré el resto de mis días en la contemplación, no en una ociosa contemplación, sino al contrario en una intelectual y muy activa contemplación que, espero, no dejará de producir algo útil.

Una de las pasiones que me dominan en esta hora, es una inmensa curiosidad. Desde el momento que he debido reconocer que el mal ha triunfado y que no puedo impedirlo, he empezado a estudiar las evoluciones y los desarrollos de dicho mal con una casi científica pasión que es bastante objetiva.

Qué actores y escenas: Como telón de fondo, dominando toda la situación europea, está el emperador Guillermo y Bismarck a la cabeza de una gran nación de lacayos; contra ellos están alineados el Papa con sus jeusitas, la iglesia católica romana entera, rica en millares, gobernando una vasta parte del mundo mediante las mujeres, la ignorancia de las masas y la incomparable habilidad de sus aliados incondicionales que tienen puestos los ojos en todas partes y sus manos en cada cosa.

El tercer acto: la civilización francesa encarnada en Mac Mahon, Dupanloup (el arzobispo) y Broghie (el duque), forjando las cadenas para un gran pueblo decaído. Luego a su alrededor, España, Italia, Austria, Rusia, cada una poniéndose una máscara según la ocasión, y a alguna distancia Inglaterra, incapaz de levantar de nuevo su frente para volverse algo, y a una distancia aún mayor la república modelo de los EE. UU., coqueteando ya con la dictadura militar.

¡Pobre humanidad!

Es evidente que solamente se puede escapar de todo esto mediante una inmensa social revolución... Pero, ¿cómo puede lograrse dicha revolución? Nunca la reacción internacional europea fue tan formidable y estuvo tan armada contra los movimientos populares. La represión ha sido hecha una nueva ciencia enseñada sistemáticamente

MIGUEL BAKUNIN

por los tenientes de todos los países en las escuelas militares. Y ¿qué es lo que nosotros tenemos para atacar tan inexpugnable fortaleza? Las masas desorganizadas. Pero, cómo organizarlas cuando ni siquiera se sienten apasionadas para su propia salvación, cuando ignoran lo que deberían desear, y cuando no quieren lo que sólo podría salvarlas.

Está, desde luego, la propaganda, como la que los Jurasianos y los belgas están haciendo. Esto sin duda es algo, pero es muy poco: unas pocas gotas de agua en el océano, y si no hubieran otros medios de salvación, la humanidad tendía tiempo de pudrirse diez veces antes de que fuera salvada.

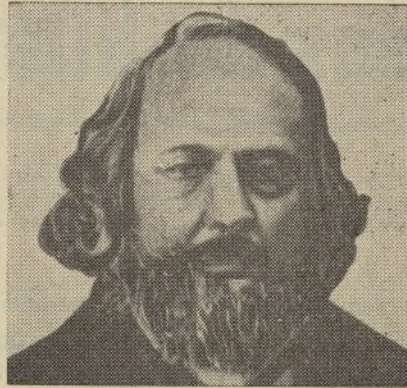
Queda otra esperanza: la guerra universal. Esos inmensos Estados militares deberán pronto o tarde destruirse y devorarse entre ellos. Pero qué perspectiva...

Aquí termina la cuarta página de esta carta; Bakunin previó cosas ocurridas hasta 1914: las masas permanentes y estáticas, sin espíritu, la propaganda y la organización infructuosos, la interdestructiva guerra mundial acercándose —«¿qué perspectiva...!»—; apenas que Reclus no haya preservado el resto de esta carta. Replicó (La Tour de Peilz, 7 de abril de 1875): creyendo que la república en Francia duraría, siendo ahora una pura forma de dominación burguesa que no requeriría por mucho tiempo a una persona como Napoleón. Se simplificaría así la cuestión entre el capital y el trabajo.

«... Esto no prevee —continúa Reclus—, en mi creencia como en la suya, el resultado definitivo. Desde hace ya bastante tiempo no creo en la fatalidad del progreso; es muy posible que seamos derrotados, pues nosotros tenemos solamente un muy débil espíritu de cohesión, y sólo tenemos caprichos y no voluntad. Pero lo que me tranquiliza es el gran movimiento científico de nuestro tiempo. Aun si desapareciera lo que usted llama civilización francesa, poseemos algo mejor que ella en la evolución darwiniana, en el estudio de la conservación de la energía, y en la sociología comparativa. Yo no digo como ya no recuerdo qué apóstol «la verdad nos hará libres», sino que al menos nos hará la mitad de la tarea...»

Debo añadir que también Bakunin en su carta de 1875 fue animado por los movimientos anticlericales de su tiempo, en Alemania, en Francia, como también en el cantón suizo del Ticino (Tesino) en donde vivía; escribiendo a Adolph Reichel con fecha 19 de octubre de 1875, lo que sigue:

«... Ahora me parece que de nuevo soy útil y necesario para animar al viejo, grande y olvidado grito de los Enciclopedistas: «Ecrason l'infâme» (Aplastemos al infame); y como en mi buen viejo fanático tiempo cuando solía decir: ¡No me habléis



de imparcialidad! Nosotros dejaremos toda imparcialidad al Señor; por lo tanto, empiezo de nuevo a preocuparme poco de la justicia abstracta: todo lo que arruina al clero y a los sacerdotes es justo y hermoso para mí...».

Aquí de nuevo vemos que Bakunin y Reclus están enteramente de acuerdo en principios; en la esperanza que ambos derivan de los esfuerzos para la emancipación intelectual de la humanidad al menos; pero en la práctica Reclus se vuelve hacia la ciencia, y Bakunin renueva el glorioso viejo grito: ¡Ecrasons l'infâme!

Eliseo Reclus había contribuido muy poco hasta entonces en las publicaciones definitivamente anarquistas. Había, sin embargo, escrito: **Algunas palabras acerca de la propiedad** para el Almanaque Jurasiano del Pueblo de 1873 (Saint Imier, Propagande Socialiste), artículo idéntico al panfleto que más tarde había de aparecer con el título **A mon Frère le Paysan** (A mi hermano campesino), que en los últimos años, desde 1893, ha sido a menudo reimpresso y traducido; existe vertido en lenguas menores como el armenio (1893) y aún en dos dialectos bretones, el de Treguier y el de Vannes (Guin-gamp, 1912).

La sección internacional en donde Reclus vivía, en el lago de Ginebra, era muy pequeña; en una carta del 7 de abril de 1875, dice a Bakunin:

«... La pequeña sección de Vevey marcha bastante bien. En ella hay dos hombres que tienen mucho fervor y otro que es medio entusiasta. Puede ver que es bastante ya...»

En 1876 el movimiento revivió. El 19 de marzo la sección de Lausana tuvo un mitin especial y muy grande para conmemorar a la Comuna. El discurso pronunciado por Reclus no ha sido preservado, pero dice la tradición que en este mitin por vez primera se declaró un anarquista ante una numerosa audiencia.

Parece que entre él y Bakunin —que murió el 1 de julio de 1876—, no tuvieron lugar más comunicaciones; pero después de la muerte de Bakunin, cuando otros no vieron oportunidad para hacer conocer sus escritos, la sobria y perspicaz mirada de Reclus profundizó en los manuscritos de Bakunin que estaban inéditos, durante dos veces; y en

Líneas de humor

A las tres de la mañana sonó el teléfono. El compañero se despertó en un sobresalto y cogió el auricular.

—Hable.

Una voz femenina se oyó inmediatamente.

—Soy la vecina del piso de encima. ¿Quiere usted hacer el favor de tranquilizar a su perro que no hace más que ladrar? No puedo pegar un ojo.

El compañero colgó refunfuñando el aparato.

A la mañana siguiente, hacia las tres de la madrugada, ruido de teléfono.

La vecina fue despertada con sobresalto y se puso el auricular en el oído.

—Hable.

—Soy su vecino del piso de abajo. ¿Es usted quién me pidió ayer noche que hiciese callar a mi perro?

—Sí, afirmó la señora, pero a estas horas no se despierta a la gente...

—Dispénseme, quería solamente decirle que yo no tengo perro.

ambas, logró hacer publicar « La Comuna de París y la concepción del Estado » (1878) y la obra maestra « Dios y el Estado » (1882). Mientras que los escritos publicados de Bakunin, la mayoría tratando asuntos momentáneos, se volvieron raros y casi olvidados, « Dios y el Estado », este teórico y sin embargo práctico fragmento, se abrió camino por todas partes desde 1882, mediante reimpresiones y traducciones, manteniendo vivas las ideas de Bakunin y el deseo de saber algo más de él, que de tiempo en tiempo se extendió considerablemente. Tomé parte en esto y puedo decir que en el momento en que Kropotkin y Eliseo Reclus vieron mi interés en ello y mi perdurabilidad al efecto, me ayudaron en cuanto pudieron. Fue entonces cuando a menudo hablé con Reclus de Bakunin y escuchado algunos de los detalles mencionados más arriba y muchos otros. Reclus era el más completo y verdadero anarquista que Bakunin conoció, exceptuando a Proudhon : por lo tanto, aunque no fue influenciado por la personal influencia de Bakunin, fue siempre para él lo que en 1875 llamó su **hermano independiente**. El respeto y la amistad entre estos dos hombres que ampliamente diferían en muchos aspectos, representa un honor para cada uno de ellos.

MAX NETTLAU

(Trad.: V. Muñoz)

Doctor Esquerdo,

VARIOS entierros de médicos famosos hemos conocido, cuyo cortejo fúnebre fue impresionante por el desbordamiento del alma popular al acompañar hasta su última morada los restos de quienes habían dedicado sus actividades a curar enfermos y aliviar dolores; pero ninguno como el de don José María Esquerdo en aquel primero de febrero de 1912, hace justo medio siglo. Tras de la carroza mortuoria los representantes de la Facultad de Medicina, colegas y discípulos; después, la masa anónima de los que, conociéndole o sin conocerle, se consideraban unidos a él por la universalidad de su nombre y su admiración devota.

Acreditado como el mejor siquiatra español de su tiempo, fundador, en Carabanchel Alto, del primer centro asistencial para la curación de los dementes, sacándolos de las mazmorras y ambiente carcelario característicos de los viejos manicomios, para instalarlos en clínicas que fuesen prolongación del propio hogar, introdujo en España las nuevas ideas sobre fisio-patología y terapéutica de los trastornos sicopáticos. Pero aparte de esta faceta de su personalidad, existe otra menos conocida y que sus diferentes biógrafos han olvidado.

El doctor Esquerdo, antes que siquiatra, ejerció como médico de familia, siendo el arquetipo de esa figura tan simpática y acogedora que en el siglo XIX significaba la salvaguardia de la salud de todos los hogares, lo mismo ricos que pobres. Con sus barbas apostólicas, ojos de mirar profundo, largas melenas, chistera señorial, cordialidad afectiva y fuerza de sugestión sobre sus pacientes, lograba más curaciones con su presencia y sus palabras que con las recetas.

Cuando en el año 1868 se estableció la libertad de enseñanza y en el Hospital General de Madrid una escuela libre de Medicina, se encargó de la cátedra de Patología General, explicando unas lecciones admirables que para escucharlas acudían no sólo estudiantes, sino médicos de la capital en ejercicio y algunos de provincias. Discípulos suyos fueron entonces los eminentes don Angel Pulido, don Manuel Tolosa Latoud, don Carlos Cortezo, don Simón Hergueta, don Alejandro San Martín, don Enrique Isla, don Manuel Alonso Sañudo...

Por circunstancias político-universitarias que no son del momento, la cátedra de Patología General no había tenido en el Colegio de San Carlos el relieve e importancia que corresponde a tan trascendental materia; el último titular había sido un antiguo alumno del Colegio de Cádiz, que acompañó al último virrey del Perú y que a su vuelta, para premiarle sus servicios en aquel difícil viaje, le dieron en la Universidad Central la referida cátedra, desempeñándola hasta que murió octogena-

primer siquiatra español

rio, y dando lugar a un anecdotario pintoresco de andaluz ocurrente que refiere en sus Memorias don Federico Rubio. De aquí, que el primer verdadero maestro de esta fundamental disciplina fuese el doctor Esquerdo, señalando ya nuevos rumbos, poniendo jalones para sistematizar la Patología General; lo que luego hicieron Letamendi, en Madrid, y don León Corral, en Valladolid.

Esquerdo no podía negar su origen levantino. En su tipo, en su fisonomía y modo de ser lo demostraba claramente. Había nacido en Villajoyosa, uño de los vergeles del Reino de Valencia, el 2 de febrero de 1842. Quedó huérfano de padre y recogido y educado por un hermano de su madre, virtuoso sacerdote, que le inculcó el amor al estudio y le hizo aprender latín con toda perfección.

Durante tres años estudió en el Seminario Conciliar de la provincia. Faltándole la vocación necesaria, se trasladó a Madrid para seguir la carrera de Medicina, terminándola con nota de sobresaliente, el 14 de junio de 1865. Sus maestros predilectos, los que influyeron en su formación intelectual, fueron don Pedro Mata, don Luis Martínez Leganés y don Rafael Martínez Molina. A raíz de su licenciatura, en atención a sus excepcionales méritos, es nombrado ayudante facultativo y médico agregado del recién creado Hospital de la Princesa. En 1867 se anunciaron oposiciones al cuerpo médico de la Beneficencia Provincial. Tomó parte en ellas y obtuvo el número uno, ingresando como médico de sala. Con este cargo comienza para el doctor Esquerdo un período de intensas actividades que le llevaron a las más altas cumbres del prestigio profesional. Actuó como clínico de visita selecta y numerosa, como maestro, como orador, escritor y político. Bajo este último aspecto definió tanto su personalidad, que, dentro del partido republicano, era uno de los jefes de mayor prestigio, propuesto para ministro, cargo que no aceptó.

La vocación por el ejercicio práctico y humanitario de su carrera le llevó a formar un equipo quirúrgico —como ahora se dice— cuando la guerra civil del Norte, el año 1872. Con anterioridad, se distinguió por la asistencia de cientos de coléricos en Talavera de la Reina, Villa del Alamo, Carabanchel, y, en Madrid, en la barriada de las Peñuelas.

Lo característico de la vida del doctor Esquerdo, lo que después define su personalidad, es la obsesiva preocupación por los problemas relacionados con las enfermedades nerviosas y mentales. La de enajenados, mal estudiados y peor clasificados, se debe a él. Las primeras aplicaciones del laboratorio a la clínica: utilización de la anatomía patológica como base para definir las lesiones del cerebro y médula, fueron en manos de Esquerdo armas

de divulgación y engrandecimiento científico que elevaron nuestro nivel médico intelectual ante los extranjeros, como se reconoció en el Congreso Internacional de 1904.

Sus trabajos en defensa de los locos delincuentes; informes frenopáticos del regicida Oliva y del célebre asesino «Sacamantecas»; así como sus modificaciones a las reformas del Código penal, pueden ser leídos y analizados hoy, en la seguridad de que el nombre del gran siquiatra queda a la misma altura de los especialistas médicos forenses contemporáneos: Lagranje, Petrangeli, Maestre Piga, Royo Villanova, Pérez de Petinto.

No deja de ser interesante y aleccionador recordar cómo nació en su vehemente imaginación levantina la afición por la medicina siquiátrica. Un día, en sus paseos juveniles, se aproximó al manicomio de la ciudad en cuyo seminario cursaba la carrera sacerdotal; llegaron a sus oídos gritos de angustia; la curiosidad le llevó a inquirir su origen y presencié el castigo corporal que estaban imponiendo a uno de los desgraciados vesánicos allí recluso. Aquel espectáculo le impresionó grandemente; vibró su ya entonces sutilísima emotividad. Aquella noche no le acudió el sueño tan presto como de costumbre, y en su vigilia percibió el cuadro que le repugnaba aún, sólo por impulsos de su propio corazón, puesto que los conocimientos que poseía entonces no podían evidenciarle lo científicamente inhumano de tal proceder.

Desde aquel momento —se lo escuchamos muchas veces— partió su compasión hacia el loco y sus afanes y deseos de redimirle; juróse entonces dedicar a ello su vida entera y todas sus energías. Refugiado en sus dos grandes amores: el histórico hospital de la calle de Santa Isabel y el sanatorio de Carabanchel Alto; colmado de honores y de amigos leales, llegó a la noche del 30 de enero de 1912. Hombre infinitamente bueno, presentaba dos características: la integridad moral de su temperamento, y la austeridad, teniendo por lema el perdonar a sus enemigos. Así, cuando presentado para ser académico de Medicina, fue derrotado, al día siguiente buscó en los claustros del hospital al causante de su derrota para decirle que estuviese tranquilo, pues jamás le guardaría rencor. Y así fue, pues luego siempre tuvieron cordial amistad, y no volvió a presentar su candidatura.

Doctor J. ALVAREZ-SIERRA



En el mundo autoritario

«Autopsia psiquiátrica» de MARILYN MONROE

NO puede hablarse de la conducta humana y del vivir global del sujeto sin referirnos a su medio social circundante, al campo de reacciones, vario y amplio, de fuerzas exógenas de toda clase que influyen en él, permanentemente, y viceversa. Del medio autoritario que nos toca sufrir, en nuestros días, inadecuado al desarrollo normal de la vida humana, Norma Jean Baker (Marilyn Monroe) es un prototipo del mismo o símbolo de lo trágico que es vivir en él, para la mujer en particular. Presentamos y estudiamos su caso por ser de actualidad y estar vinculado a la industria cinematográfica, a la actualidad más « brillante » de este medio hostil al progreso moral del individuo y de la sociedad que ha victimado a esta famosa artista del cine mundial.

Los médicos que hicieron la autopsia a la desventurada y malograda Marilyn Monroe anunciaron que ésta se suicidó tomando, aproximadamente, el doble de la dosis de barbitúricos considerada mortal. Esto lo declaró, el 6 de agosto, al día siguiente de su muerte, el toxicólogo de la policía de los Angeles. Marilyn quiso, pues, asegurar, doblemente, su « huida » del mundo de los « vivos » — que matan —. Muerta la encontraron a las 3,50 del 5 de agosto del año en curso en Los Angeles, en la misma ciudad que nació el 1 de junio de 1926, donde sufrió una niñez y una adolescencia tristes, atormentadas y desgraciadas.

Marilyn Monroe, cuando parecía triunfante en el fulgurante y cegador mundo del cine tuvo raras horas felices, muy pocas, al lado de su ex esposo Joe di Maggio, no por él mismo — que carecía de los valores intelectuales que posee el dramaturgo Arthur Miller, su siguiente y último esposo, del que también se divorció — sino, porque alternaba con su familia y gozaba de lo que nunca disfrutó antes : del calor hogareño. No es raro que seres humanos eminentemente sociables, al quedar solos lleguen a apurar la soledad y acaben decidiendo volver, con serenidad, sin dirigir reproches a nadie, prematura y voluntariamente al seno de la madre Naturaleza, que nos da, en silencio, el abrazo eterno como nos dió, calladamente la vida consciente, y no es cruel como muchos de los semejantes que nos rodean.

Lawrence Olivier, el famoso actor inglés, al opinar sobre la muerte de Marilyn Monroe declaró : « La opinión popular y todo lo que la promueve hace que la vida sea inestable y ella fue explotada más allá de la capacidad de nadie ». En efecto, ya lo hicimos constar en el capítulo anterior al hablar sobre el hombre y los complejos del mundo autoritario : éste es un mundo indecente

o inhumano, sórdido, de falsos valores, movido por el dinero y no por una moral superior. Y en él, como afirma Olivier, la vida de los individuos humanos es insegura, « inestable ».

Las declaraciones del precitado gran actor británico las complementó Kim Novak, famosa actriz del cine norteamericano. Y puso de relieve, con la fuerza sincera y emotiva de la hora, lo que en ella existe — como en toda mujer en su misma infortunada amiga Marilyn, aparentemente frívola — de sensible y humana que no descubre el gran público maleado por la propaganda comercial e inmoral que perturba y desquicia las mentes y los cuerpos de los seres humanos.

Kim Novak, en la entrevista televisada de la Columbia Broadcasting System (EE. UU.), celebrada en la noche del 7 de agosto, hizo públicas las palabras siguientes que, en cierta ocasión, le fueron dirigidas por el director de un estudio cinematográfico : « Recuerde y nunca lo olvide, que todo lo que usted es, es un pedazo de carne, como en una carnicería ». Y añadió : « Es bastante terrible... que eso es lo que es una; que hay que mirarse a sí misma de esa manera. Y lo peor es que una es tratada de ese modo. A Marilyn así la trataron también. No podemos andar por ahí diciendo : « Por favor, sea bueno conmigo. Soy un ser humano, trátame bien ».

Es la viva y cruda realidad : la sociedad autoritaria, esencialmente mercantilista y guerrera, a todos los individuos humanos, por muy humanos que sean, los considera simple carne de explotación. Tanto produces en el campo comercial, tanto vales para nosotros, que exigimos continúes dejándote explotar. Lo afirma Olivier : « Marilyn fue explotada más allá de la capacidad de nadie ». Y cuando llega la guerra provocada por la incompetencia económica entre los Estados éstos sacrifican rebaños de humanos, al por mayor, haciendo del mundo una inmensa carnicería. En lo particular como en lo general, ésta es la concepción autoritaria sobre el valor de la vida humana que se la recordaron brutalmente a Kim Novak.

Marilyn Monroe rogaba que la respetaran como merecía : como persona humana. Pero no la hacían caso, como caso alguno hacen a los millones de trabajadores, de todas las clases, norteamericanos y de todo el orbe, que son explotados por el mundo autoritario defensor de la propiedad privada. Y Marilyn protestaba a su manera. Para no herir y hacer reflexionar a los que la rodeaban, que la explotaban o la deseaban sucitamente, poco antes de matarse dijo a los periodistas con seriedad, que no la tenían en cuenta porque sólo admiraban su jovial y bello ser : « Esta industria —

se refería a la cinematográfica — debiera actuar como una madre cuyo hijo ha escapado y corre frente a un coche a gran velocidad. Pero en lugar de asegurar al niño para que eso nunca le ocurra, todos comienzan a castigar al chico. »

Así habló la adulta Marilyn Monroe, que en sus primeros dieciséis años ¡había vivido en doce hospicios!. Con sus palabras se proyectaba, de modo inconsciente, pero de forma hondamente sentida, reflejando todos los deseos más nobles que no pudo jamás satisfacer, todas sus ansiedades, todas las lacerantes angustias que sufrió durante toda, absolutamente toda su existencia : expresaba la necesidad que sintió siempre de madre y padre — al que nunca conoció — de sus tiernos afectos y cuidados desinteresados, que la cuidaran y orientaran para aprender a evitar dolorosos o fatales atropellos. Y este vacío afectivo, que nunca pudo ser llenado, más lo añoraba al verse atropellada por todos los « sujetos » que la rodeaban o se acercaban repentinamente, como el coche que se lanza sobre el niño y puede matarlo.

« No sé por qué las personas no son más generosas unas con otras », manifestó Marilyn Monroe en la última entrevista que concedió pocos días antes de terminar con su vida. Se acercaba el desenlace, el fin de su propio drama y lamentaba que éste tuviera tal final amando como amaba tanto la vida, una forma de vivir más digna que todo y todos se lo impedían. Al mismo periodista que publicó las últimas palabras pronunciadas por Marilyn para la prensa, le dijo : « Dicen lo que no comprendo : que simbolizo lo sexual. Un símbolo del sexo se convierte en una cosa. » Era el grito sensible y pudoroso, lanzado a la faz del mundo deshonesto, de la que, pese a todas las apariencias, quería que la consideraran mujer y no hembra, simple cosa para placer sexual.

Cuando el 12 de agosto, próximo pasado, leímos que en su cuenta bancaria tenía sólo cuatro mil dólares recordamos que recientemente vino a México — donde reside el que escribe — y donó mil dólares para desayunos escolares de niños de primaria que necesitaban tanto o más nutrir el cuerpo que el cerebro. La generosidad no era en sus labios vana palabra. En proporción con lo que poseía en dinero su donativo o acto solidario se comenta por sí solo. Los niños la recordaban su propia niñez más desamparada y desgraciada todavía : sin siquiera el calor afectivo y el apoyo moral de los progenitores.

El insensible y frío mundo del dinero le exigía más y más, que representara lo que no quería ser, lo que ya le producía repugnancia, aunque al principio de su carrera cinematográfica, dadas las penurias que sufrió, de toda clase, sola, en medio del mundo, frente a todos, consintió lo que quisieron los productores de películas para enriquecerse e independizarse : simbolizar lo sensual y lo sexual aprovechando su atractiva y bella anatomía.

Ciertamente, iba desfilando por las películas haciendo cautivadoras sonrisas que descubrían los hondos repliegues de su estructura psicológica, sus

ansias inmensas de vivir contenta y feliz, risa y alegría contagiosas que eran mal comprendidas. Su intensa vida interior afectiva, deseando felicidad, bien entendida, provocaba su exuberante sano reír, la gracia de sus gestos y de sus movimientos que, generalmente hablando, atraían sexualmente a la mayoría de los varones, mientras la verdadera Marilyn Monroe, que anhelaba ser comprendida y amada, y no sólo deseada, sufría lo indecible, se desgarraba interiormente y lloraba lágrimas amargas.

¡Oh, mundo autoritario y maldito, que educas a los seres humanos para que se hagan mal a sabiendas y sean crueles! La extraordinaria intuición femenina de Marilyn Monroe no pudo ver y comprender a tiempo que se hallaba entre los representantes de la civilización y de la mala cultura, autoritaria y comercialista, responsables de la crisis moral que sufrimos, que provocan la quiebra de todos los valores humanos.

Recientemente, de forma espontánea, con palabras que parecían lágrimas, declaró : « Nunca tuve la suerte de conocer la felicidad... ». Y otro día, refiriéndose a tener o no tener seguro el trabajo en la industria cinematográfica manifestó : « Sería un gran alivio ser liquidada ». Esta y otras frases que explicaban su conflicto psicológico, lo íntimo de su tragedia y de su personalidad no han sido comentadas por el periodismo cursi y comercial que quedó sorprendido de que mujer tan bella decidiera huir del mundo autoritario del modo terrible que lo hizo.

Marilyn Monroe no hallaba la felicidad; no triunfaba en lo que quería. ¡Y a tan infeliz mujer el mundo la consideraba triunfante! ¡Cuántos de nuestros semejantes piensan y sienten como Marilyn y, como ella, acaban liquidándose por no tener a su lado familiares y amigos que bien los quieran, y que más que comprender practiquen — sobre todo en casos extremos que se intuyen — la familiaridad y la amistad de acuerdo con el valor moral y social que contienen y representan esas dos palabras. Para muchos sujetos son sólo simples palabras... Si Marilyn Monroe hubiera tenido a su lado familiares y amigos de buena calidad humana, no hubiesen tomado a broma lo que decía, que la perturbaba y concordaba con lo que proyectaban sus actos, y seguramente viviría dando nuevo rumbo a su existencia hasta el fin normal de sus días.

Sucedió lo irremediable, sin haber hecho, los que la rodeaban, algo práctico, generoso, desinteresado, para evitar su triste y acusador fin. Hoy muchas de las personas que contribuyeron, con su indiferencia, su egoísmo, o su maldad, a provocarle el trauma psíquico, se arrepienten de haberla ofendido y tratado mal.

Ayer todos los hombres, en particular, generalmente hablando, atentaban a su pudor de mujer. Sus patronos, sus mismos socios y « amigos » se esforzaban por presentarla, en todas las películas como cosa — lo que no quería ser — morbosa, como la hembra de todos, y como tal la miraban, en todo el mundo, la inmensa mayoría de los hom-

bres : como mercancía sexual, o símbolo de la misma, a la que cada uno y todos podían pretender. Todos se consideraban con derecho a poseerla o al menos de besarla con sus miradas lascivas, porque por y para eso pagaban el boleto de entrada a los cines que la exhibían en sus pantallas. ¡Qué asco de mundo en que vivimos!

Marilyn Monroe se sentía desolada, sumida en profundas indignidades, en hondos abismos de degeneración física, moral y mental que la entristecían y la herían, pero tenía que volver a salir a la superficie de la vida llamada « moderna », sonriendo para deslumbrar a todos sus semejantes con fulgores de « estrella » máxima del firmamento cinematográfico que explotaban productores y empresarios de películas. Pensaba salvarse esforzándose por alcanzar la mayor altura de los « astros ». Y en su desenfundada y torturante carrera cinematográfica en la que existe tremenda competencia, alcanzaba metas — películas — que significaban ríos de oro para sus explotadores.

Terribles fueron los últimos meses de vida de Marilyn Monroe. El insomnio y mil ideas destructivas la dominaban. Disminuidas sus fuerzas, decepcionada y frustrada, viendo desestimado, pisoteado, herido y maltrecho lo que era su verdadero yo, decoroso, trascendente, se fue fijando en ella la idea, la obsesión de acabar con el cuerpo, con el suyo, que hacíanlo servir para lucrar despertando pura sexualidad, bestialidad. Jaurías libidinosas la seguían por todo el mundo alimentando la esperanza de hacerla algún día su presa.

Marilyn Monroe, acosada por la publicidad indecorosa, por todos los públicos y por todos los que con su talento y belleza lucaban, cansada de padecer angustiosos y torturadores rebajamientos llegó el momento que no pudo resistir más la terrible tensión psicológica... Y la « estrella », tan ambiciosa y tan ansiosa de proyección artística sublime y espiritual, destrozada moralmente, viendo hechos mil pedazos todos sus más nobles y bellos sueños cayó del cielo filmico para no levantarse jamás.

La sociedad autoritaria cometió contra ella el perfecto crimen psicológico. Pero Marilyn, con el postrer acto de su vida, con su última acción, desenmascaró a esta sociedad cruel que exprimíó, despiadadamente, sus energías físicas, psíquicas y mentales y la arrastró al suicidio. Consciente o inconscientemente Marilyn Monroe se dignificó. Antes de caer el telón y quedar, para siempre, fuera de la escena donde actuó entre y frente a sus semejantes, se arrancó, con la existencia, la máscara de la falsa alegría de vivir del mundo actual, que se la puso en su hermoso rostro, y dejó al descubierto su tragedia y la faz del feo y repelente cuerpo autoritario que angustia y hace sufrir a la Humanidad produciendo, sin cesar, millones de víctimas entre sus componentes. Fue el último esfuerzo de su dignidad, que tan relajada y disminuida se la habían dejado.

¡Ay de los débiles que se dejan arrastrar por el torbellino de las malas pasiones y de los malos hábitos que el mundo autoritario engendra!

A Marilyn sus propios « socios-amigos » la envanecían y la arrastraban a la actividad agotadora que repudiaba, no la dejaban seguir el metódico tratamiento psiquiátrico que necesitaba, de profilaxis y reposo psíquico-mental. De esta manera no podía salvarse. En el curso de su última noche de vida llamó al psiquiatra para decirle que no podía dormir. Seguramente no le era posible dormirse porque esperaba la llamada telefónica misteriosa de la que todavía se habla, y de la que nosotros hablamos más abajo. Pero ni el consejo dado por teléfono por el psiquiatra, ni la misma visita personal de éste podían descargarla de la enorme y compleja carga emocional que gravitaba sobre ella, que sofocaba su vida sin poderla resistir más.

La solución misma favorable del problema último, que tanto la perturbaba, que esperaba se la comunicaran por teléfono, es más que probable que sólo habría alargado el plazo de su desaparición. Carecía de lo más valioso que ayuda a vivir, que hace estimar la vida y tener interés en conservarla: amar y ser amado, compartir afectos sinceros dentro y fuera del hogar. De éste careció totalmente, y no pudo formarlo por su cuenta. Los buenos amigos brillaban por su ausencia. Los de la « Fox » la querían para hacerla firmar otro contrato, el último que firmó, y por el que se vio obligada a empezar a trabajar después de dieciocho meses de haber estado inactiva por sentirse indispuerta.

Marilyn Monroe reanudó sus actuaciones con brío, pero en seguida recayó, volvió a sufrir trastornos nerviosos y se vio imposibilitada de continuar filmando. En una escena de la película la coaccionaron para que apareciera desnuda bañándose en una piscina. Para la propaganda comercial la reprodujeron en diarios y revistas de todo el mundo. Todos la hemos visto. Pero también sabemos que Marilyn iba a aparecer con traje de plástico color carne, bien ceñido al cuerpo. El director acabó rechazándolo por considerar que se notaba demasiado que era artificial. Al principio Marilyn se resistió a la escena nudista, pero sus asociados acabaron convenciendo, como es fácil intuir, recordándole que ya posó sin ropa, por inferior precio, para los almanaques. Tenía su casa hipotecada, poseía vestidos, joyas, muebles, coche, etc., pero estaba casi sin fondos : con una cuenta bancaria de poco más de cuatro mil dólares que eran nada o casi nada para sostener los gastos en el medio en que vivía.

Marilyn Monroe que seguramente pensó mil y más veces que se había alejado del pasado borrascoso, que jamás retornaría o que nada se lo recordaría, él volvió, de nuevo, en circunstancias distintas, interviniendo también la presión económica. Y aunque al fin aceptó manifestando — lo que le dictaron sus verdugos, los productores — con sonrisas que ocultaba su pesar y su tragedia, que « por el arte y su carrera estaba dispuesta a realizar cualquier sacrificio », sus mismas palabras significaban que la hacía contra su volun-

tad. Habló de sacrificio y sacrificada fue por los que sólo entienden de negocios.

Es indudable que el acto nudista de Marilyn Monroe ante gentes sin escrúpulos, a las que ya no consideraba amigos, porque sólo les interesaba lucrarse con su cuerpo, sin importarles sus sentimientos, que no se detenían a pensar qué le ocurría a ella, le produjo un tremendo choque psicológico recordándole sus tiempos de hambre y de miseria, cuanto tuvo que ceder y conceder para ocupar el lugar que había conquistado en la industria cinematográfica. Recordamos que su desnudo para los almanaques norteamericanos le sirvió, hace unos años, para tomar la primera comida del día invitada por el fotógrafo y la esposa de éste y ganar, por su trabajo, cincuenta dólares.

¡Oh, sus amigos — socios de la « Fox », que se refocilaban porque habían logrado que Marilyn Monroe apareciera en la piscina sin ropa alguna! Cuando sufrió hondas perturbaciones, y dejó de presentarse a trabajar, le quitaron el papel, y de complicación en complicación acabaron suspendiendo la producción de la película. Y obrando de acuerdo con la ética capitalista — en la Rusia actual obran peor, porque condenan a muerte a cuantos individuos humanos perjudican a los negocios del Estado — reafirmaron que en los negocios no existen amigos, que « los negocios son los negocios », y para realizarlos hay que pasar por encima de todo : hasta de los amigos. Y pasaron por sobre su buena amiga Marilyn Monroe, que les estropeaba un buen negocio que, en este caso, querían hacer con ella misma. Sin importarle que estuviera nerviosa en exceso, enferma, la acusaron de no cumplir el contrato, y la demandaron pidiéndole 500.000 dólares de indemnización. Así la perturbaron en grado sumo, se sintió completamente frustrada y vencida, y la obligaron a que se preparara a dar el último paso hacia su destrucción.

Ya no nos cabe la menor duda de que de la noticia nocturna, buena o mala, que Marilyn esperaba que le llegara por medio del teléfono, habiéndole de si cedían o no los sujetos de la « Fox », dependía su vida o su muerte o al menos el aplazamiento de ésta. Ya tenía arreglados todos sus asuntos, y continuar viviendo o no lo dejó a la suerte : al esperado sí o no telefónico.

Eunice Murray, ama de llaves de Marilyn, declaró que la última llamada telefónica que ésta recibió en la noche la dejó muy « perturbada ». ¿Se investigó o simplemente simulaban que investigaban quien la hizo? Se hace silencio, porque nada se sabe o se sabe demasiado al respecto. Consideramos que prefieren callar tanto el que habló — por la cuenta (\$) que le tiene — favoreciendo a los que permitieron la muerte de Marilyn Monroe, y ya nada pueden remediar, como, asimismo, las autoridades por no tener delito que perseguir.

En Hollywood, y en todos los periódicos y revistas de los EE. UU., en grandes titulares estuvieron diciendo que « nunca se sabrán las causas de la muerte de Marilyn Monroe ». Y lo escribían basándose en manifestaciones oficiales. El 9 de agosto,

por ejemplo, cuatro días después de fallecer aquella, las mismas autoridades de Los Angeles declararon que « las causas de su repentina muerte posiblemente nunca serán aclaradas. »

El 10 de agosto, próximo pasado, se hizo público que el médico forense Theodore Curphey nombró un equipo de psiquiatras para que investigaran e informaran si la « estrella » se quitó la vida. Cinco días después este mismo médico declaró a la prensa que « no daría a conocer íntegramente el informe tóxicológico hasta que los psiquiatras concluyeran su misión, que calificó de « autopsia psiquiátrica ».

Sabíamos ya que era suicidio por todos los datos psicológicos conocidos de Marilyn, y por el precitado informe, **imparcial**, del toxicólogo de la policía de Los Angeles, que intervino en la autopsia. Fue hecho sin pensar en la conmoción que su muerte iba a producir en el mundo. Coincidiendo con ésta sonaba raro, pues, que el médico declarara que no se daría a conocer íntegramente el informe tóxicológico hasta recibir el de los psiquiatras. Dadas las circunstancias que intervinieron en el deceso de Marilyn intuimos, en seguida, que tratarían de salvar la responsabilidad de ciertas gentes.

La última declaración del médico forense oía a algo policiaco-judicial, estilo norteamericano, no muy limpio, como todo lo que a esta materia se refiere, que resulta siempre muy complicada y poco limpia. Pero dada la opinión mundial que ya se había formado sobre el caso, que rechazaría fueran más injustos con Marilyn todavía, no podían desprestigiarse totalmente fabricando un informe excesivamente parcial. Decididos a salvar de la quema lo que pudieran buenamente dictaminaron procurando no aludir a los personajes políticos y financieros — que siempre van ligados — que influyeron en Marilyn para que se desesperara y se suicidara.

Con la intervención de los psiquiatras seleccionados pretendieron dar más seriedad al dictamen, que se admitiera como estaba escrito pasando inadvertidas sus grandes lagunas. Confirman en él lo indudable, lo que todo el mundo sabe sin saber de medicina ni de psiquiatría; pero con la « pompa » psiquiátrica trataron de eludir hablar de las causas — qui significaría hablar de los causantes — que provocaron el suicidio de Marilyn Monroe.

El 18 de agosto de 1962 la prensa informó que el día anterior, en Los Angeles, se leyó el informe definitivo sobre la muerte de Marilyn Monroe. Publican una fotografía en la que se ve una mesa, con psiquiatras y el médico forense en el centro dando a los periodistas las conclusiones del « Caso Marilyn Monroe » que conmovió a todo el mundo. Pero lo más que se atrevieron a decir para ser publicado en la prensa es que « Marilyn estaba atormentada y sujeta a severos temores y frecuentes estados de depresión anímica, que sufría perturbaciones psíquicas desde hacía mucho tiempo, y que había intentado suicidarse en oportunidades anteriores ».

« En el momento de morir, Marilyn Monroe desempeñó, sin saberlo, y desgraciadamente, el mejor papel de su carrera », dijo emocionado el médico forense expresando su sentir y el de los psiquiatras que lo acompañaban. Afirmó que « fue suicidio, y que la muerte de Marilyn la causaron cincuenta nembutal que se administró ella misma ».

Su afirmación de que « Marilyn Monroe desempeñó el mejor papel de su carrera » unido a lo que sigue constituye lo más importante del informe cuyo fondo ha de ser descubierto por los que lo leen, ya que ni los mismos psiquiatras se atrevieron a hablar más claro. Se callaron los detalles esenciales de la llamada « autopsia psiquiátrica ». Dicen : « En nuestra investigación hemos logrado saber que la señorita Marilyn Monroe había expresado su deseo de abandonar la lucha y hasta morir ».

¿Qué les hizo comprender y saber que Marilyn « quería abandonar la lucha y morir »? Es lo que callan, y por eso hemos querido hacer, a vuelo de pluma, con la llaneza de profanos, sin ser científicos, como humanos que razonan por sí mismos, la investigación psicológica y la « autopsia psiquiátrica » que es, en gran parte, esencialmente, la del mismo mundo autoritario. Y tratamos de explicar porqué Marilyn se vio obligada a « desempañar, al morir, sin saberlo, el mejor papel de su carre-

ra ». Posiblemente los psiquiatras quisieron dar a entender lo que interpretamos : que fue el acto que más de acuerdo estuvo con la cruel realidad que vivía, con la situación antivital que le habían formado los que la rodeaban.

En las palabras de los mismos psiquiatras descubrimos que se sintieron angustiados, hondamente perturbados al investigar, examinar y verificar los hechos y las causas que atormentaban a Marilyn y la tenían « sujeta — como afirman — a severos temores y a frecuentes perturbaciones psíquicas. » Y los psiquiatras, al conocer el testamento de Marilyn Monroe, que fue abierto en la corte de Nueva York, menos podían acceder a presiones extrañas y miserables, prestarse a hacerle más daño del que entre todos le hicieron. Como hombres de ciencia les repugnó decir, por ejemplo, lo que había dadas ciertas penosas coincidencias : que siendo hija de una enferma mental no era extraño que después de otros intentos de suicidio esta vez lograra su propósito, inconscientemente, de forma accidental. Esto lo han insinuado algunos periódicos, pero conocemos cuanto Marilyn Monroe hizo y hasta su último día de vida con el sentimiento sociable, elevado, humano y a la cordura que mucha falta les hace a ciertos periodistas, a los de la « Fox » y a millones de personas de todo el mundo.

FLOREAL OCANA

EL CARACTER

¿QUE es el carácter? Carácter quiere decir huella. Como siempre, la etimología encierra un sentido profundo. Es la huella, por presión de la vida sobre el individuo y del individuo sobre la vida. En una palabra : **un carácter es la psicología de un individuo.**

Insistamos sobre ello. La vida es una lucha entre el ser humano y el ambiente. « Por un lado, el individuo con sus energías propias, sus impulsos y sus apetitos, con el esfuerzo de una expansión que empuja y penetra; del otro, la inmensidad de la vida, es decir, las contingencias de la naturaleza y las exigencias de los hombres, fuerza oceánica aplicada sobre todo el contorno del individuo, conformándolo. Dos potencias en lucha. El carácter participa tanto del medio como del hombre; es la traducción

de poder y debilidad, ataque y defensa, laxitud, testarudez; no traduce solamente las cualidades de lucha, sino que expresa también los procedimientos y los medios. El ambiente condiciona el carácter por la resistencia que le ofrece o por la presión que éste ejerce sobre aquél. Puede realmente decirse que lo moldea.

El carácter es, por tanto, una actividad continua. El carácter es una huella, pero una huella plástica, maleable y modelada sin cesar por presiones y contrapresiones; de ahí que no esté determinado en cada momento por su ambiente momentáneo. **Hay en él lo actual y lo pretérito.** Todas las manifestaciones de su forma son resultado de la composición del pasado y el presente. Pueden verse gentes que fueron desgraciadas en cierta época y que ahora viven inquietas en

un ambiente de calma y reposo, y es que la serenidad actual no ha logrado apaciguar la angustia de lo pasado. La actitud impuesta anteriormente por la vida persiste en un ambiente en absoluto dispar. Y son paradojas de este tipo las que parecen negar la verdad : **un carácter es el producto de un hombre y de un medio.**

Adoptemos de una vez para siempre esta concepción a la vez fija y móvil. Que la palabra carácter no evoque nunca más en nosotros la visión confusa de un sistema de abstracciones más o menos coherentes, sino la imagen de una actividad de lucha, con avances y retrocesos que señalan sus fases y peripecias. Bosquejo bélico dirán algunos; pero ¿es preferible acaso la imagen de un idilio?

WILLIAM BOVEN

ALAS SIN CIELO

TERCER CAPITULO

(Cuenta Elvira lo que ocurrió años antes. En el dormitorio en penumbra están acostados Elvira y Bernardo. Como en el primer capítulo, la puerta del piso bajo se abre y entra, también con sol y de negro, doña Reyes).

DONA REYES. — ¡Elvira! ¡Hijo mío! Soy vuestra madre. ¿Dormís todavía? (El dormitorio se llena de luz solar porque Elvira abre la ventana. Bernardo se yergue en la cama, la abandona luego y, tristemente, como Elvira, se viste).

BERNARDO. — ¿Qué pasa, madre?

DONA REYES. — ¿Qué va a pasar? Que es hora de estar apanando el arte.

BERNARDO. — Ya habrá tiempo, madre. Ahora tengo tiempo de gozar de la compañía que tanto me ha faltado.

DONA REYES. — ¡Vamos, que ya hace más de un mes que saliste de presidio! ¿Qué le pasa a Elvira, hijo?

BERNARDO. — ¿Qué quiere usted que le pase?

DONA REYES. — Está su madre aquí y todavía no ha sido para darme los buenos días.

ELVIRA. — (Se viste tristemente). — Buenos días... madre.

DONA REYES. — ¿Qué te pasa, hija? Parece como, si desde que Bernardo salió de la prisión, se te hubiera quitado el poco gusto que te quedaba por vivir.

BERNARDO (molesto). — Calle, madre. ¿Quiere guardarse sus pensamientos para peor ocasión? Usted no conoce a Elvira.

ELVIRA. — Dile a tu madre que se vaya.

DONA REYES. — ¿Qué estais cuchicheando? Seguramente hablando de mí. Lo que tengas que decir, hija mía, me lo dices en la cara. ¿Me oyes?

BERNARDO. — Madre, si ha venido usted a tomar el desayuno con nosotros, encienda usted la lumbre y deje a Elvira en paz. Vamos a ver, tú, ¿qué tienes?

ELVIRA. — ¿Qué voy a tener? Nada.

BERNARDO. — Esa no es forma de contestarme.

ELVIRA. — ¿Qué quieres que te diga? Anda y acaba de vestirme y baja cuanto antes. Hay mucho que hacer.

BERNARDO. — ¿Sabéis que han vuelto a encontrar el cadáver de otro aviador inglés por los acantilados? Desde ayer tarde está en el depósito de cadáveres. Esperan que el consúl inglés venga y le busquen un cementerio protestante. Ese inglés tenía más cangrejos que el alemán en los bolsillos de su uniforme. Extrañas preferencias de los animalitos.

ELVIRA. — (Se le cae el peine con que se estaba

peinando). Tu madre, siempre con noticias tremendas.

BERNARDO. — Déjala... espera : yo te cogeré el peine.

DONA REYES. — (Maliciosa). ¿Se te ha caído el peine, Elvira?

ELVIRA. — Date prisa y baja. Toma el café con tu madre, que se hinche y que se vaya. Esto no es posible. (Recoge el peine y continúa peinándose).

BERNARDO. — Sólo te ha preguntado si se te ha caído el peine. ¿Eso es malo?

ELVIRA. — Lo malo está en el veneno que tu madre pone hasta para hablar del perdón. Te repito que no quiero verla.

BERNARDO. — (Desciende y se deja besar por su madre, sin ninguna efusión). Buenos días, madre.

DONA REYES. — (Comiéndoselo a besos). ¡Ay, hijo, mi hijo! ¡La vida cómo es! ¡Cómo te ha cambiado la cárcel! Si hubieras seguido mis consejos... Si nunca hubieras pisado aquel centro sindicalista, tú, tan pacífico, tan bueno... Pero hay también muchas otras cosas que tú no mereces, mi sol. ¡Quién supiera apreciar la estima que se le tiene!

BERNARDO. — Deje en paz a Elvira, madre. ¿Por qué hablar del aire y nombrar el pez? Hablemos de otra cosa. Dígame, ¿sabe usted algo de Juanito Delgado?

DONA REYES. — ¿Juanito de « Las Columnas »? Hijo, ese no se merecía que su madre lo hubiera traído a este mundo. ¡Menudo tunante! Y su madre, la muy tonta, tan engreída de que el hijo era un idealista. Fíate tú de los idealistas en estos tiempos. Cada cual va a lo suyo. La decencia es lo que conviene al hombre y menos política. Tú no tienes que pensar ya más en los amigos de antaño. Lo pasado pasó. España se ha tomado un buen purgante.

ELVIRA. — (Para sí misma). Con bofetadas fallangistas.

DONA REYES. — Una era de paz y seguridad se ha abierto para nosotros.

ELVIRA. — (Igual). Paz de sepulcro. Seguridad de ratas enjauladas.

ELVIRA. — Y con la victoria del Eje, nuestra patria será una gran potencia occidental, una nación como Dios manda.

ELVIRA. — Si eso es lo que Dios manda, adiós a Dios, que me voy conmigo misma.

DONA REYES. — Ahora habrá justicia para todos... Los que quedamos. Mira cómo no ha sido en vano que tu madre haya removido tierra y cielo para demostrar tu inocencia, tu buena fe, tu verdadero ideal de español... nacional sindicalista. ¿A que no sabes qué resultó ser aquél

que en el pueblo dirigía los mítines del Centro Obrero allá por el año treinta y cuatro? Nada. Me lo callo, no te lo digo. Vergüenza me da pensarlo.

BERNARDO. — Tiene usted razón, madre. Uno está ya más tranquilo. Pero siempre volvemos a lo mismo. Un año de prisión ya está bien.

DONA REYES. — Pues todavía no te he dicho lo que el jefe de Falange me dijo que merecias. ¡Qué hombre más recto! El fue quien me recomendó al teniente jurídico de capitania, que es primo del obispo de Palencia y de los marqueses de Todomeloquedo o como les llamen. Si hubieras visto a tu madre removiendo conciencias y sacudiendo papeles. ¿De qué no será capaz una madre para salvar la vida al hijo? Y ya lo ves, no tardaron mucho en comprobar, con tu inocencia, tu buena conducta, tu docilidad a las exigencias de la prisión, a pesar de la incompreensión de esos rojos empedernidos.

BERNARDO. — Madre, por favor. Echeme el café, ande.

DONA REYES. — Cualquiera diría que le estás cogiendo miedo a esa... (Con la cabeza indica el piso alto, donde Elvira arregla el dormitorio lentamente, con tristeza, sin ningún deseo de bajar, pero conteniendo los impulsos de hacerle frente a Doña Reyes).

BERNARDO. — ¡Le suplico que se calle!

DONA REYES. — ¡Ay, hijo! Es así como recompensas los sacrificios de tu madre.

ELVIRA. — (Ha dejado repentinamente sus quehaceres y se decide a bajar mientras dice) El sacrificio de revolcarse a los pies de los fascistas, como lo que es usted: una alfombra rota y polvorienta. Eso no es sacrificio, señora. Eso es pecado.

DONA REYES. — (Excitada, pero triunfante por haber logrado prender la mecha de la indignación). Mira, quién va a hablar de pecados. ¿No lo oyes, hijo, cómo disparata?

BERNARDO. — ¡Madre, es natural! Ella no puede olvidar al pobre Benito, ni a su hermano el desaparecido.

DONA REYES. — ¡Qué obcecación! ¡Qué vergüenza! Y mi hijo, qué es, ¿una moza? Más hombre es que tu Benito y que todos los tuyos.

BERNARDO. — (Queriendo imponerse, inútilmente). — Ya está bien, ¿me oye usted, madre? Y tú, mujer, ¡a callar!

ELVIRA. — Que se marche ella, si no...

BERNARDO. — Madre, márchese, por favor. Déjenos en paz.

DONA REYES. — Paz no tendrás en esta casa mientras tu mujer te domine. ¿Estamos? Mal empezamos, hijo. Si mi pobre Eustaquio, que en gloria esté, hubiera visto todo esto, nos hubiera partido a ti y a mí las costillas. ¡Vaya! ¡Una mujer imponiendo su voluntad en la casa de un Matas!

ELVIRA. — ¡Esta casa es mía!

DONA REYES. — ¡Ay, con quien te casaste, Bernardo de mis entrañas!

ELVIRA. — ¡Con la novia del amigo a quien en todo envidiaba!

BERNARDO. — ¡Yo siempre te he querido, Elvira!

ELVIRA. — ¡Puede ser si a eso que tú sientes le llamas cariño! ¡No es tu culpa no saber quererme! ¡Yo tengo la culpa de todo! ¡Lo que yo te pido, nada más es que tu madre nos deje a solas con lo nuestro. Esta casa es tuya, sin ella; con tu madre, esta casa es sólo mía.

BERNARDO. — Ya lo oye, madre... ¿quiere usted dejarnos?

DONA REYES. — Os dejo, pero vais a oirme. ¡Ya lo creo que me oiréis! Y mientras yo viva, esa pantera va a tener por enemiga una sierpe, ¿Lo oís? ¡Y qué sierpe! ¡Con tres cabezas y seis hermosos pares de ojos!

ELVIRA. — ¡Los que tiene!

DONA REYES. — ¡Ay, ay, ay, Virgen Santísima! ¿Quién puede aguantar esto sin arañar los techos? ¡Lo propio de una roja!

ELVIRA. — Lo propio de una mujer que, roja o verde, no vende su alma al diablo.

DONA REYES. — ¡Más te valiera callar!

ELVIRA. — ¿Qué tengo yo que temer?

DONA REYES. — Lo que temen las mujeres que son decentes cuando sus maridos están tanto tiempo en el presidio.

ELVIRA. — Le dije que si cuando me juró por no sé qué honra que nunca cambiaría su ideal.

BERNARDO. — Yo estaba equivocado. Estos me han convencido.

ELVIRA. — ¡Tú has chaqueteado!

DONA REYES. — ¡Ahógala!

BERNARDO. — Yo nunca he traicionado mis sentimientos. Lo que se dice a veces no siempre se siente.

ELVIRA. — ¡Lo que se siente en el corazón hay que decirlo a voces, hay que gritarlo con toda la boca o, por lo menos, no negarlo! Yo nunca he ido al catecismo, pero en mi alma siento un pataleo de amarguras cuando le doy la cara a un judas, como tú y como tantos otros. ¡Y yo quisiera saber por qué torpe equivocación tengo frente a mí esa imagen tan espantosa!

DONA REYES. — ¿La oyes decirte esas injurias y te quedas mirándola embobado? ¡Pargueta! ¡No me tenéis que echar de esta casa! ¡Me voy sola! ¡Vergüenza me da de ti, calzonazos! ¡Mano dura, mano dura hay que tener en esta casa, y en España, para acallar voces como esa y las de otras bocas como la de ella! ¡Que la Virgen de los Remedios tenga misericordia de nosotros! (Abre la puerta, dispuesta a salir, pero aún se vuelve en el umbral).

BERNARDO. — ¡Esta no es forma de arreglar nuestra vida, Elvira!

ELVIRA. — ¡Esto no tiene arreglo, Bernardo! Mi vida me la habéis envenenado vosotros: tú y los que pensáis como tú. El consuelo no lo encontraré en tu cariño porque tú ya no sabes querer, ni lo sabrás ya nunca. Tú me das asco. Pero me aguanto, aguantándote a ti. ¿Te parece poco Yo me las apañaré para sacarle algún

- gusto a mi vida, aunque sea el gusto que los topos le encuentran a la luz de la luna.
- BERNARDO. — ¿Qué te he hecho yo, Elvira?
- ELVIRA. — ¡Nada! ¿Te parece poco? Ser carne de la carne que pende de la cuerda de tu traición. ¿O es que no la sientes? Tú ves que a fuerza de penar he acabado por saber de dignidades. Es una ciencia que nos entra para ocupar el lugar de algo que estuvimos dispuesto a perder y que tan ampliamente simboliza la sangre.
- BERNARDO. — ¿Qué sabes tú de dignidades? Eso es cosa para ciertos hombres, en ciertas circunstancias.
- ELVIRA. — ¡Ya lo oye usted, señora! ¡Ni ideal! ¡Y la culpa es de usted!
- DONA REYES. — ¿Y tú, qué? (Con sorna) ¡Pura, sin mancha! ¡Bah!
- ELVIRA. — ¡Sí, señora, también es culpa mía! ¡Por eso mi vida me dió asco a mí misma! ¡Y por eso me da asco ahora, porque tengo que compartirla con quien no ha sabido encadenar su convicción al pílón de la dignidad!
- BERNARDO. — ¿No querrás decir, al pelotón de los condenados?
- ELVIRA. — ¿Qué más da?
- DONA REYES. — ¿Querías tú que a mi hijo me lo echasen al infierno de los rojos? ¿No sera ésta, hijo mío, la querida de Lucifer?
- ELVIRA. — (Sin hacerle caso). ¡Y si no es nuestra la culpa, lo será del dios albino, cegato e insustancial que nos han pintado con sangre de hombres, y con mitos de beatas, en los muros espantados de los cementerios y en las fachadas untosas de las iglesias!
- DONA REYES. — ¡Hay para matarla! ¡Hay para matarla! ¡Si tú no la llevas al cuartelillo, a que le den su merecido, es que eres un cagueta y, no eres digno de ser mi hijo! (Escupe groseramente).
- ELVIRA. — ¡A él le toca hacer frente a lo que por su culpa de usted le ha tocado! Su hombría se verá con la decisión que tome. ¡Yo grito con lo que tengo, con lo que soy!
- DONA REYES. — ¡Ya vendrás por mi choza cuando quieras, hijo mío! (Desaparece dando un portazo).
- BERNARDO. — (Después de un penoso silencio). ¡Esto es demasiado, Elvira! ¡Lo siento!
- ELVIRA. — ¡Más lo siento yo!
- BERNARDO. — ¿Por qué no evitamos disgustos? ¡La gente...!
- ELVIRA. — A mí no me importa la gente. Me importa yo y lo que hay en derredor mío.
- BERNARDO. — Mi madre, ¡ya sabes cómo es! Hay que soportarla perdonando.
- ELVIRA. — ¿Perdona ella? ¿Perdonas tú? ¿Por qué exiges perdón cuando no perdonáis a nadie?
- BERNARDO. — Ella, no sé. Yo, sí. Y es conmigo con quien te has casado.
- ELVIRA. — No, Bernardo. Tú no perdonas. Tú aguantas y quieres que yo aguante como tú. Tú lo aguantas todo porque ya no sabrías de qué color volverte ni qué cara darle al sol entre los hombres del pueblo si supieran que tú y yo estamos tan distanciados como las estrellas. Tú no me persuades a perdonar, sino a vivir tu comedia, a ser tu mujer, como las mujeres calladas y resignadas de España, que destrazan sus libertades genuinas en un silencioso gesto de amargura. Tú quieres que yo sucumba a tu necesidad de macho aparente, que gobierno, que domine, que imponga lo que le place sin consideración ninguna. ¡Y eso no puede ser!
- BERNARDO. — Debiera estrangularte... ¡pero yo te quiero, mujer!.
- ELVIRA. — ¡Ni eso podrías!
- BERNARDO. — ¡No me tientes!
- ELVIRA. — ¡Pobrecillo!
- BERNARDO. — Elvira, por piedad... No tienes por qué compadecerte de mí.
- ELVIRA. — ¿De quién si no? Hay para llorar toda una vida.
- BERNARDO. — ¿Lamentas más mi gesto que la desesperación de no haber salido con las tuyas? ¡Eres muy soberbia, Elvira! ¡Y yo no sé por qué sinrazón te quiero tanto!
- ELVIRA. — Preferiría que apretases tus manos contra mi cuello. Pero no tienes bríos, ni en los dedos ni en el alma.
- BERNARDO. — ¡Estás azuzando la bestia de mi cólera!
- ELVIRA. — No quiero despertar más como hoy, con el diablo a la puerta, gritándome mi error. En tus manos está mi alivio.
- BERNARDO. — La pervención te devora. ¡Ay, pero te quiero con todas las fuerzas de mi sangre! ¡Te quiero con toda esta carga de emociones que chispean como lluvia fina por mis poros! ¡Y yo no sé, no puedo distinguirlo, si es tu fiereza, tu brío, tu apasionada manera de vivir o el tesón de tus razones, lo que te hacen más hermosa y deseable!
- ELVIRA. — Me quieres con aberración del alma porque te complace mi desprecio.
- BERNARDO. — ¡Tiemblo de puro amor!
- ELVIRA. — ¡Lascivia sin sentido!
- BERNARDO. — ¡Tu alma!
- ELVIRA. — ¡Mis carnes, que en tus manos no han encontrado la savia de mi amor, ni la encontrarán! ¡Demasiado tarde, Bernardo!
- BERNARDO. — ¡Bueno, y qué importa! ¡Eres mi mujer! ¡Está escrito en nuestras leyes!
- ELVIRA. — ¡En vuestros papeles de iglesia!
- BERNARDO. — ¡En lo que sea, está escrito y eres mía! ¡Y quieras o no, tienes que oírme, tienes que sentirme, tienes que aguantar mis caricias y mis besos...! ¡Te quiero mía por las buenas! Pero, si en tu locura desprecias la oportunidad que te doy, ¡ay, Elvira! ¡ay, Elvira!, tu vida será la peor de las muertes.
- ELVIRA. — (Se encoge de hombros, sospechando que quizá ha ido demasiado lejos). ¡Está bien! Continuemos la parodia del vivir... a vuestro modo. ¿Cuándo sales al mar?
- BERNARDO. — ¿Ves? Es mejor así. Yo no soy malo.
- ELVIRA. — (No puede evitar otro gesto de profundo disgusto). ¡No!

BERNARDO. — Te necesito en tu realidad permanente.

ELVIRA. — ¿No te importa lo que se dice de mí?

BERNARDO. — La fantasía del pueblo es muy grande.

ELVIRA. — ¿Y si yo te dijese que esa fantasía es una pura verdad?

BERNARDO. — ¡Estás muy excitada y no sabes lo que dices, Elvira! ¿Por qué sospechar la realidad de algo imposible? Claro que, verdaderamente, tú tienes amplios vuelos de gaviota.

ELVIRA. — ¿Y no crees que sirvo entonces para dar algún consuelo a los moribundos que el mar arroja sobre nuestras playas y por los acantilados?

BERNARDO. — Creo que eres capaz de todo. Pero eso es imposible.

ELVIRA. — ¡Mi tía Gertrudis, ya sabes tú cómo era! Ella fue quien convirtió en lagarto al cura de Bujalance. ¡Eso dice la gente! ¡Y lo que tanto dice la gente, ¿no llega a ser verdad?

BERNARDO. — ¡Ah, no! Tú no serías capaz de caer desde el cielo para mancharte de sangre esa boca, con la boca sangrenta y viscosa de los moribundos.

ELVIRA. — ¿Por qué no? Cuando te vas de pesca, tú corres por las callejas de los puertos y caes de bruces sobre la carne putrefacta de esas mujeres de a seis reales.

BERNARDO. — ¡Bah, tú...! Bueno, déjalo. No puedo concebirlo.

ELVIRA. — Yo tampoco puedo concebir que se nos impongan mitos como leyes, y que vivamos al rescoldo de lo poco que de cierto nos queda y no sucumbamos antes de que los gallos vuelvan a cantarle al alba gris de nuestra España. En este régimen de luceros y de flechas, ¿qué dardos fugaces no son posibles?

BERNARDO. — Tú quieres que yo crea, a pies juntillas, las sandeces que se dicen.

ELVIRA. — Una más, ¿qué te costaría?

BERNARDO. — Explicate.

ELVIRA. — ¿Más aún?

BERNARDO. — Creía que te ibas a esforzar en callar.

ELVIRA. — No puedo.

BERNARDO. — ¿Qué más quieres decirme?

ELVIRA. — Que creas lo que también puede ser una gran verdad.

BERNARDO. — Cálmate.

ELVIRA. — ¡Lo gritaré primero! ¡Siéntate! Oyeme. ¡Después que me oigas, haz lo que te parezca! Si eres capaz de seguir compartiendo mi lecho, te aceptaré calladamente; si no, allá tú.

BERNARDO. — ¡Tú sabes muy bien que yo no te dejaré nunca!

ELVIRA. — (Con su habitual exaltación). ¡Y tú sabes que cuando fusilaron a Benito comenzaron también a decirte otras cosas. Todavía no habían venido a por ti. Ibamos a casarnos tú y yo. Te echaron el guante al día siguiente de nuestra boda. Pero ya aquella noche había comprendido que si te faltaba calor para mi necesidad de amarte, te faltaría siempre calor para

todo, para mujeres como para ideales. Se burlaron de ti tres veces y tú cedistes hasta postrarte a los pies de sus cristos muertos y hasta levantar al sol de sus pretensiones el brazo que debió mantenerse protegiendo valerosamente la hombría, tu hombría... Mientras tanto, corrían rumores de que Benito había desaparecido, de que no estaba muerto, de que alguien lo había visto en Gibraltar con uniforme de las fuerzas voluntarias aliadas. ¡No me hubiera extrañado nunca eso de mi Benito, quien tanto amaba su libertad y la libertad de los suyos! Pero también se me decía, con intenciones lacerantes, que Benito había quedado, con una mueca violenta y vigorosa, a dos pasos del agujero de tierra común que él mismo se había preparado para su muerte. Pero yo creí, he creído y sigo creyendo lo que conviene a mi esperanzada ilusión y, entre dar su recuerdo como vida consumada o prometedora posibilidad de ver realizados mis ensueños, he preferido lo segundo, Bernardo. He preferido lo segundo porque el torrente de amor que adivinas en mí, aquí lo tengo aún, delirante y exquisito, para ofrecérselo a un hombre. Y el hombre no está en un solo hombre, sino en el instante en que algunos hombres han sabido vivir como tales. ¡No sé si tú me comprendes! ¡Esos hombres de que te hablo, entre los que por fuerza debía encontrarse mi Benito, son mi ideal, porque el ideal de ellos es el de afirmarse a la hombría con tesón incorruptible. ¿En qué ideal pienso? ¡No importa qué ideal! ¡Cualquiera! El ideal no se manifiesta con colores, ni con ropas, ni con hojas de condecoraciones. El ideal verdadero es el que se estampa en la vida con la garantía de la vida, la muerte si es preciso, cuando son sometidos a la prueba del soborno con la amenaza de esa muerte. Y porque yo amo a ese hombre simbólico de la vida, es por lo no puedo contigo, es por lo que me contento con mi leyenda de gaviota que no busca peces en el mar, sino hombres, ¡si los hay!

BERNARDO. — ¿Para qué, Elvira? (Y se enciende en un sordido rencor).

ELVIRA. — (Digna, valiente). Para amarlos.

BERNARDO. — ¡Hasta dónde!

ELVIRA. — ¡Hasta donde sin abandonar la hombría, ellos me han pedido!

BERNARDO. — ¿Quieres decir que soy un cornudo?

ELVIRA. — Si así interpretas mi leyenda, sí; pero eres cornudo de un modo que no envilece y que por lo tanto no puedes merecer.

BERNARDO. — ¡Maldita! ¡Eres una bruja! ¡Eres un monstruo de perversión! ¿Cómo soportar las confesiones de una loca? ¡Esto no hay quien lo aguante!

ELVIRA. — ¡Tú sí! El dragón azul de vuestro convencionalismo te obliga. Tú ya lo aguantas todo: hasta el agua hirviendo de la ignominia. Sólo podrías escapar de ti mismo por la puerta de la muerte, y la muerte te horroriza. ¡Aguanta, pues, Bernardo, como yo estoy aguantando

la realidad de mi existencia por muy irreal que te parezca!

BERNARDO. — (Dispuesto a marcharse). ¡Estás loca, estás loca! Tú disfrazas la impudicia con trapos de ideales. Mi madre tiene razón: ¡las novelas por entrega te han vuelto loca! Pero voy a ser yo, ¿me oyes? quien te enderece. No te voy a matar. Voy a vivir contigo. ¡Y tú conmigo! Vas a conocer la disciplina que mereces! ¡Vas a beber aceite de ricino hasta que revientes! ¡Y esa hermosa cabellera, mañana estará quemada! Te vamos a pelar al rape; ¡Esto lo arreglo yo! ¡Maldita, maldita! (Sale).

ELVIRA. — (Gozosamente exaltada). ¡Corre, corre, defiéndete con las armas que te han dado! Mis palabras han promovido en ti lo que eres: un cobarde. ¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón! ¡Reúne a tus compañeros falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y de prostitutas! ¡Está bien! Me sentaré en el mugriento taburete de la comarcal, frente a la silueta de la efigie que capitanea vuestras oscuras ambiciones y mientras cortéis los bucles de mi cabellera, me deleitaré en libar en mi alma un sentimiento gigantesco de con-

miseración. ¡Corre, porque yo ya estoy volando sobre el mar de los acantilados! ¡En pleno cielo mediterráneo. Allí abajo veo, perdidos sobre sus botes que brincan sobre los arrecifes, dos o tres desahuciados! Puesto que en ti no la hay, voy a ver si encuentro en ellos el gesto viril que debió tener mi novio, cuando vosotros le quitabáis la vida con un alarido de fusiles. Sus carnes laceradas, no desean, como tú, esta carne mía. Necesitan mi alma, mi consuelo, mi caricia, una caricia de esperanza y un encuentro de miradas donde por un instante se puedan identificar los goces eternos de la vida. ¡Los verá partir gozosamente, conscientes de que alguien los ha amado con amor incorruptible e imperecedero! ¡En esta existencia llena de aberraciones, aún me queda a mí un beso purísimo que dar! ¡Vosotros no lo entendéis! ¡No me importa! ¡A cambio de mi postura tengo que soportar el aguijón de vuestras calumnias! ¡Yo no puedo impedir, ni quiero, desde mi alma ansiosa de goces perfectos, la podrida visión ni las patrañas sin tino que os forjáis de mí, de Elvira, de la Gaviota...!

TELON

La Llegada

La llega es con aporreo de puertas por las calles del pueblo a la hora justamente de la siesta. La gente está en las entradas con lo que allega — trigo y moneda — al aguardo del manto para besarlo.

El manto, que viene a ser un capotillo, como la esclavina de una capa, lo trae al brazo el síndico, más la bandeja del petitorio, y se acompaña del mayor-domo, dos ministros, un guardajurado y el espolique vacía el robo de grano en el esportizo sobre la caballería. Todos de gala, y de levita y chistera el síndico.

En verano ocurren las llegas, varias, a fin de allegar recursos con antelación a las fiestas civiles-religiosas de septiembre en honor de los patronos de la ciudad.

La algarabía y no los picaportazos cesan.

— ¡La llega!

Las amas de casa o las sirvientas bajan a la calle a tocar el manto, tras de allegar una medida rasa de trigo de que menos.

En la batea se ven algunas monedas de oro y bastantes de plata.

Aún se me acuerda la pregun-

ta de seña Paula Albillo, cuasi centenaria, sobre si era admitido echar maravedis en la bandeja, pues ella tierras de pan llevar no tenía.

— Se admite y agradece todo, pero usted, tía Paula, queda exenta.

Mi madre:

— Vecina Paula, eche este pesetón.

— Gracias, Jovitica.

Piden los donantes, conviene a saber:

Que se pague una onza por el sermón al prior de Monteagudo, sin perjuicio de proporcionarle buen alojamiento.

Que se den comidas extraordinarias en el hospital y en la casa de misericordia.

Que lleven a los pobres de las cuevas abundantes viveres.

Que las dos bandas de música hagan las paces y amenicen las fiestas.

Que los fuegos artificiales corran a cargo de un pirotécnico de fama.

Que las vaquillas sean de acreditada ganadería.

Que venga una buena compañía de teatro, etc.

¡Ay, aves de corral, qué poco os queda de vida!

No implica al sacrificio de las mismas que empiecen a matar en septiembre y que pregonen tocino magro.

Adiós pernils colgados en los hórreos desde enero.

Ahora echan la casa por la ventana.

Hicieron blanqueo general.

Los hornos no paran de cocer golosinas.

Sacan del arca las galas antiguas olorosas a membrillo.

Mozas y mozos por fiestas, más o menos, engueran.

Abunda el personal forastero.

La vida está en la calle, donde la animación y la alegría chorrean...

¡Buenas, buenas sesiones de baile!

.....
¿Será verdad que yo tengo 80 años?

No, porque nadie hace caso de los viejos y a mí me da muchos disgustos la gente.

Acabemos:

La llega,

ni asturiana ni gallega,
ni tampoco vizcainarra
ni mucho menos manchega.

La llega

es natural de Navarra.

PUYOL

ERASE el tercer emisario que el cielo enviaba a la Tierra para poner orden en cosa que en la tierra empezaba a ponerse en orden.

La historia había comenzado así: Un sacerdote moderno, que había sido admitido en el cielo por error —el traje engaña mucho—, lo había trastornado todo en el cielo. En los días que los muertos permanecen en la entrada, en espera de ser enviados a los lugares pertinentes, no había cesado de escandalizarse del atraso incalificable que reinaba en el otro mundo. Ni había teléfono, ni electricidad, ni radio, ni periódicos. Era increíble. Nada se sabía allí de las cosas de la Tierra, de las cosas maravillosas de la Tierra. Ni de las terribles. Los muertos, en general, como si salieran del infierno, lo olvidaban todo al llegar allí. Y si alguno no lo olvidaba, hacía como que lo olvidaba, temeroso de que no se creyeran sus relatos. El no había olvidado nada, se encontraba muy bien en la Tierra, a pesar de las cosas terribles, y había sido un drama para él abandonarla. Ver la situación en que el cielo se hallaba, había hecho más intenso ese drama. Todo lo habría dado, hasta su salvación eterna, por volver a su vida terrenal. Vida mundana, acaso, para algunos, censurable, pero deliciosa.

Llegaron los rumores de sus quejas por el atraso del cielo, y de sus lamentaciones por haber sido arrancado a la vida tan gozosa de la Tierra, a oídos de Pedro, que dormitaba siempre en su portal, tranquilo, tranquilo. Quiso éste ver al descontento, caso único: nadie, hasta entonces, se había quejado de nada, ni lamentado de nada. En cuanto lo tuvo en su presencia, se prometió a sí mismo ser más severo en autorizar la entrada en el cielo, no dejarse de nuevo engañar por el traje. No era aquél lugar para hombre tan moderno.

—Sí —afirmó el sacerdote, en cuanto Pedro le dirigió la palabra—, es inimaginable el atraso en que esto está sumido. Se recorrería la Tierra entera y no se encontraría comarca comparable al cielo en atraso. Al lugar más apartado llegan los periódicos, vehículos de ilustración. Sí, vehículos de ilustración, a pesar de que no siempre cuiden su lenguaje, y a pesar de que no siempre se mantengan en los límites que la religión manda. Ese exceso es corregido por sí solo. El hombre ilustrado vuelve siempre a nosotros. Parece oveja descarriada, pero nunca es oveja descarriada. En toda la Tierra se sabe lo que sucede en toda la Tierra, por otra parte. Aquí no es posible saber qué acontece en cualquier otro lugar. No hay teléfono, para preguntar. No hay nada. No tenéis, y esto sí que es el colmo, electricidad, maravilla de las maravillas. No podéis imaginar el efecto de una iglesia toda ella como en fuego por esa maravilla. Se acabó en las iglesias el misterio de la oscuridad, cosa de tiempos remotos. No tenéis radio, a falta de periódicos, para informarnos, en cada instante, de ir y venir de los hombres.

Pedro oía al sacerdote sin pestañear, sorprendido, sorprendido.

—Tendrás que ir a ver al Viejo —se llamaba así

VERSIONES

por DENIS

EL

en el cielo, cariñosamente, al que no debe nombrarse en vano— para hablarle de todas esas cosas.

—Es mi mayor deseo.

—No creas que sea fácil lograrlo. Haré yo, por mi parte, cuanto esté de mi mano para que te escuche. Y te confieso que me siento curioso de saber qué dispondrá respecto a ti.

—Sea lo que fuere, no será peor para mí que verme aquí, en esta vida que no es vida.

Fue Pedro a ver al Viejo. Nada quería saber éste del sacerdote. «Haz con él lo que te plazca», le dijo.

Pedro no sabía, al volver, qué decir al sacerdote. Por fin, para salir del paso, murmuró:

—El Viejo está muy preocupado con las jugarretas que le hace el Diablo, su enemigo mortal. No está de humor para recibir a nadie. Casi no me ha escuchado a mí.

—Precisamente le habría hablado yo de la jugarreta más grande que le ha hecho el Diablo —respondió el sacerdote—, y de la cual, sin duda, no

¡Por el amor

LA Iglesia romana ha anunciado estos días a bombo y platillos la celebración sumptuosa de un Concilio ecuménico, Vaticano II, es decir, el pleno mundial de los arzobispados, organizaciones, compañías y gentes de todo linaje que le son afectas. De las pocas novedades que figuran en el Orden del Día, queremos destacar la que se refiere a una eventual participación de las ramas cristianas heterodoxas e incluso de otras «iglesias» que, originalmente, le son hostiles tanto en el dogma como en los métodos.

El Vaticano pugna por salir de la concha sectaria en que lo hundiera la egolatría y ambición de los papas que se ciñeron la tiara siguiendo a Pedro, después de haber sostenido, durante siglos, guerras terribles; tras haber hecho derramar torrentes de sangre a los pueblos ignaros y consumir espantosas ruinas, so pretexto de que «dios era Cristo» o que había nacido en Belén y no en la Meca, Roma trata de pasar la esponja llamando afablemente, humildemente a los ayer «protestantes perjurios», «abominables judíos», «pérfidos ortodoxos», «mahometanos crueles» y «budistas falsarios». Desbordando el vaso del cinismo, hasta el patriarca soviético de todas las Rusias ha sido cordialmente invitado. Juan XXIII quiere hacer tabla rasa del negro pasado táctico del catolicismo inaugurando la era de la mano tendida a todas las otras ramas y troncos del oscuro pensamiento religioso expandido por el mundo. ¿Por qué motivo? ¿A qué se debe este cambio brusco en la tra-

EMISARIO

está enterado. He podido comprobar que nada sabéis aquí de la Tierra.

—¿De qué se trata? —preguntó Pedro, sin curiosidad, por preguntar algo.

—En gran porción de la Tierra, por obra del Diablo, se había expulsado al Viejo —no quiero nombrarlo de otro modo que tú—, de todos los lugares. En cuanto a sus representantes allí, no me preguntes qué se hizo de ellos. Todos los horrores que imagines nada son comparables con semejante horror. Pero las aguas vuelven a su cauce. Las iglesias, que habían sido convertidas en museos o en escuelas —los ateos querían disimular su maldad—, vuelven a abrirse. Algunos de los representantes del Viejo, que se habían ocultado o huido, vuelven a ser sus representantes. El Diablo empieza a perder terreno. Sería menester que el Viejo enviara a alguien con autoridad para precipitar esa obra que se inicia.

No le pareció descabellada la idea del sacerdote

de Dios!

vectoria vaticana? ¿Cómo es que el nuevo Pontífice no repara en echar sobre la tumba de los que le precedieron el baldón de tanto crimen, tanta injuria, tanto despojo, persecuciones y calumnias de que hicieron víctimas a las que ahora se consideran como «iglesias hermanas», seres iguales en el cultivo de la fe, en la sincera creencia en Dios, no importa el color teológico del cristal con que se mire?

Simplemente, el peligro que corre en la «era atómica» la existencia misma de la idea religiosa y en particular las privilegiadas instituciones que le sirven de sostén. Hoy los pueblos son cada vez más agnósticos. El sentimiento religioso se ha trocado en algo rutinario, superficial, «político», que sólo se aguanta merced al apoyo que le presta la fatuidad y el dinero de ciertas clases sociales que ruedan por el abismo de la decadencia. Ahora no hay más «milagros» que los que realiza la Ciencia en el Cosmos, rasgando sus virginales inmensidades y destruyendo, al mismo tiempo, los cien mitos y leyendas propalados por la literatura teológica.

Por eso el Vaticano, a través del pomposo Concilio Vaticano II, trata de «conciliarse» con sus «parientes» ideológicos de no importa que origen. Hay que unirse, hermanos, estrechar filas, apoyarse mutuamente, preparar las armas dialécticas para librar la última batalla al temible azote ético, científico y social de nuestro siglo: el Ateísmo.

Francia, octubre 1962.

CONRADO LIZCANO

a Pedro, y fue Pedro de nuevo a conversar con el Viejo, no ya del sacerdote, sino de su idea. Tampoco al Viejo pareció la idea descabellada. La dificultad estaba en elegir al emisario. Después de mucho meditar, después de haber elegido y haber desechado muchos emisarios, convinieron Pedro y el Viejo en enviar a Juan, el evangelista, célebre por su dulzura. Hay que empezar siempre por ahí, por la dulzura.

Juan aceptó la misión, y, bien aleccionado, partió. Tenía que volver un mes más tarde para dar cuenta de cómo iba su trabajo. Pero paso el mes y no volvió.

—El Diablo me ha debido hacer una de sus jugarretas —dijo el Viejo a Pedro, al ver que Juan no volvía.

Y Pedro, que no estaba menos preocupado que el Viejo por la suerte de Juan, creyó oportuno enviar otro emisario. La dificultad en elegirlo era ahora mayor. Si la dulzura había fracasado, ¿a qué podría recurrirse?

Se recurrió a la paciencia. Fue elegido Job, que también aceptó la misión y partió, con las mismas recomendaciones, y algunas nuevas, que Juan. Y tampoco Job, pasado un mes, volvió.

«Ese sacerdote —murmuraba Pedro para sí— nos ha metido en una aventura de que no se ve el final. ¡Tan tranquilos como estábamos, antes de que él viniera! Habría valido más mandarle a una isla, con su modernidad, y no escucharle. Ahora, es tarde. No hay otro remedio que continuar la aventura. Amenaza ésta dejarnos sin gente buena, pero ¿qué hacer?»

Si no para que le inspirara para ver qué decía, dijo Pedro al sacerdote que Juan y Job, enviados como emisarios a la gran porción de la Tierra que había expulsado al Viejo, y que ahora volvía, aunque poco a poco, a recibirle, no había vuelto.

—¡Claro! —exclamó el sacerdote—. ¡Cómo que es un error! ¿Qué es eso de la dulzura y de la paciencia? Virtudes, si alguna vez lo fueron, de otro tiempo. Ahora no hay más que la acción, o la palabra. Enviad a un hombre activo, muy activo, y si no disponéis de un hombre activo, a un hombre que hable, que hable, que hable, Bien o mal, poco importa: que hable. Que si es posible no calle nunca. Se acabará por atenderle. En el peor caso, para que calle.

No le pareció tampoco ahora a Pedro descabellada la idea del sacerdote. Ni al Viejo, cuando Pedro le habló de ella. Y eligieron, para tercer emisario, no sin largas horas de recogida meditación, a Elías, el profeta. Tal vez no respondía Elías enteramente a lo que el sacerdote recomendaba. Pero era un hombre que hablaba, con acento que a Pedro y al mismo Viejo no dejaba indiferentes.

Partió Elías, mucho más bien aleccionado que Juan y Job. Sonreía, al partir, como seguro de su triunfo. Y horas después de haber partido, triunfante ya, hacia llegar al cielo un telegrama, el primero que al cielo llegaba, que decía:

«Juan y Job, en libertad.»

Firmado así:

«Elías, Comisario del Pueblo.»

Las parábolas cínicas

LA verdad, nube múltiple con las metamorfosis del capricho, la ve el dogmático como un sistema de bloques que sus manos creen agarrar. Resplandores flotantes y sombras que danzan, todo ese alegre derumbe, se imagina poder disponerlo en un orden inmutable y asentarlo en construcciones de eternidad y necesidad. Al escucharlo, parece no dejar detrás de él, el menos desequilibrio, la más ligera sacudida, ya que su argamasa de lógica une las sólidas piedras sobre las cuales discípulos y sucesores subirán sin peligro y construirán aún.

Sin esfuerzo, enseña la crítica que cualquiera de esas pretendidas piedras solamente es neblina y nada: símbolo lejano e intangible de la inefable Realidad o ensueño enfermizo y pesadez vacía de pesadilla. El pretencioso edificio ni siquiera tiene la consistencia para derribarse; ninguna ruina existe en el lugar donde se creyó erigirlo, lo que no impide que se intente la construcción de monumentos sucesivos; y el viento que, uno tras otro, se los lleva, no se carga siempre con un recuerdo... Un filósofo lo ha dicho: « Nada más fácil y nada más inútil que refutar a un filósofo ».

Así el dogmatismo aparece desde luego como ingenuidad y afirmación. Mirándolo de cerca, ¿es que acaso no se vuelve negación y pobreza? La línea, para purificarse en toda su longitud se desvanece; la superficie, para liberarse de todo espesor se dispersa; el pensamiento, para huir de toda contradicción pierde toda la vida. Por cierto que los verdaderos ricos, saben gozar mejor de la realidad cambiante. No tratan de escoger entre los ensueños maravillosos de las cosas. Varios, para nuestra alegría, hacen flotar en el flujo y reflujo del diálogo, sus maravillas viajeras y sus sonrisas alternadas.

Pero he aquí a los sabios. El espejismo que hoy los atrae, los emociona con la misma risa que los espejismos en donde el pasado creía refrescarse. Tanto como a las escolásticas caducas desprecian a la nueva escolástica, a la que su tiempo da un nombre de confianza y de gloria: gnososis, revelación, ortodoxia, doctrina o ciencia. La armadura lógica que a cada prueba cede y que Don Quijote se obstina en remendar y revestir, si por un momento detiene sus miradas, es como si se tratase de un objeto de museo bueno para alegrar la vista. Pero en uno u otro de los aspectos sin número, en ellos mismos aperciben, innegable salvo por goce filosófico, la montaña del ser que se afirma. Para ellos, naturaleza, sabiduría, amor, y virtud, abnegación, libertad, armonía no son, como para los otros hombres, deslumbrantes nombres o vanos ruidos; pues son, emocionados y tendidos, los dedos que indican las pendientes de la Felicidad.

Demasiado cierta para permanecer impotente en los países de las locuras pretensiones, su misericordia se aleja de los profesionales deformados que, en una gloria de luz burlona, llevan sus tumores de doctrina, sus jorobas de erudición, sus dóciles callosidades, sus bocios de recuerdos mal tragados. Vueltos hacia el vulgar cuya ignorancia, mientras no es levantada en tempestad por los oficiales, sigue titubeante, menos agresiva, a veces confiante, y cuya tontería, en la gracia matinal, parece curable, los sabios hablan. Su grande — ¡pero cuán rara! — victoria, es hacer ascender a un simple al conocimiento de sí mismo, a esa noble ciencia socrática que, con una palabra, separa lo externo inútil e inaccesible: « Todo lo que sé es que no sé nada ».

Sea para afirmar sus certidumbres prácticas, sea para cantar el flotamiento de ensueños que mañana eclesiásticos y universidades afearán y paralizarán con sistemas, el sabio narra con voluntad — acción precisa como un hermoso cuerpo de mujer, pero pensamiento velado en donde se desfiguran los rasgos, los ojos brillan y la sonrisa se indefine — la parábola.

En no importa qué siglo viva el sabio y en no importa qué región habite, parece que siempre tal perfume deba emanar de él.

De los numerosos escritos de los filósofos cínicos sólo quedan los títulos: varios incan compendios de parábolas. Los gestos cínicos que la leyenda nos ha transmitido, ¿es que son otra cosa que parábolas en acción? Y las parábolas cínicas que nos han llegado, desde que se las considera como conclusiones de parábolas, he aquí cómo se aclaran con una nueva y feliz luz. Su genio cómico inspiró a Diógenes símbolos tan relevantes y casi tan groseros como los inspirados a Ezequiel por Iahvé.

Criticado por frecuentar a los pecadores y a los publicanos, responde Jesús en el Evangelio: « No son los que están bien los que necesitan el médico, sino los enfermos ». Al mismo reproche replicó Antístenes según Diógenes Laercio: « A casa de los enfermos es donde van los médicos ». En un caso parecido, Diógenes de Sinope responde: « Penetra el sol hasta en las letrinas y no se contamina ».

Temerario sería afirmar que una u otra de las tres respuestas fue hecha directamente a adversarios en las circunstancias que indican los créditos biógrafos. Para la audacia de tal certidumbre, habría que olvidar las leyes de la leyenda y las direcciones familiares a la potencia transformadora. La leyenda es una poesía que dramatiza. De buena gana hace acciones con las palabras; por sus libros y discursos se figura los gestos y las actitudes del escritor y del orador. Tal relato,

surgido de la boca de un decidor de parábolas, se vuelve para ella anécdota vivida por él; y las narraciones sobre el fabulista Esopo no son acaso un divertido compendio de fábulas? Cada una de las respuestas que acaba de leerse fue tal vez, no un proyectil lanzado al enemigo presente que ataca, sino más bien, sobre un relato que marcha armoniosamente y sonríe, el repentino resplandor de una conclusión y de una corona.

Sin duda, otras palabras, presentadas desnudas por Matías, por Lucas, o por el libro VI de Diógenes Laercio, fueron primeramente el centro y el cuerpo de parábolas cuyos vestidos abigarrados, ante ojos que se divierten y que han de recordar, caen lentamente. Entre las obras escritas, para olvidar cuarenta títulos significativos de Antístenes y de Diógenes, no parecería que vivieran parábolas en esas *Cartas divertidas* de Menipo, en donde « había introducido a dioses como personajes ». Y qué podían ser, sino compendios de parábolas, esos libros de Mónico en donde « agradables invenciones envolvían un sentido serio »?

Los cristianos que, a veces por indiferencia y a veces por sistema, han destruido un tan gran número de libros antiguos, no han dejado en pie ningún monumento de la sabiduría cínica. Osada y continuada apología de la naturaleza y del individualismo, burla de la Ciudad, de la Religión y

de todas las docilidades que hacen marchar al rebaño, bajas las cabezas, aquella literatura debía herir el corazón de los acaparadores de Antifisia, los organizadores de la autoridad, los profesores del respeto. Pero el fondo no era aquí el solo escándalo y más de un fanático se irritó porque, cinco siglos antes que el Evangelio, tantas parábolas fueron pronunciadas con una significación demasiado evangélica para ser ortodoxa.

De todos modos, al ensayar de restituir la nobleza del pensamiento cínico, una forma se me ha impuesto y Psicodoro, discípulo de Diógenes, me ha parecido que sólo podía hablar mediante parábolas.

HAN RYNER

(Trad. V. Muñoz).

NOTA : Este prefacio sirve de introducción a las cincuenta y dos parábolas cínicas de Ryner, reunidas en libro. « Las parábolas cínicas » de Han Ryner es posiblemente su libro más ejemplar y legible, abarcando todo un universo del pensamiento. Su otro libro, que forma *pendant*, « Los viajes de Psicodoro, filósofo cínico », presenta problemas ya más arduos para la mente humana. Muy pocas de estas parábolas han aparecido en castellano (siempre en las publicaciones libertarias).



El pensamiento anarquista

Tres páginas más adelante leemos: «¿Es que Marx tiene la pretensión de dar todo esto como suyo, en oposición con algo contrario que yo habría dicho?», y en la página 116 exclama nuestro francés: «¡Por lo tanto todo esto es mío!, y en la 117: «Yo he dicho todo esto». En la 119 va más fuerte y escribe: «Plagio de mi primer capítulo», y explota cuando Marx escribe: «Volvamos al señor Proudhon»: «¡Cómo! ¡Volvamos! ¡Pero si las páginas que preceden son una copia de las mías!».

Max no quiere reconocer la deuda que tiene contraída con Proudhon y su egolatrismo lo llevará a calumniarlo, olvidando que dos años antes, en su obra «La Sagrada Familia o Crítica de la Crítica» (la menos popularizada de todas), ha escrito: «Proudhon se ha propuesto analizar de un modo crítico, la base de la economía nacional, la propiedad privada, y ha sido la suya la primera investigación energética, considerable y científica al propio tiempo. En esto consiste el notable progreso científico que ha realizado, progreso que revolucionó la economía mundial, creando la posibilidad de hacer de ella una verdadera ciencia. ¿Qué es la Propiedad?», de Proudhon, tiene para la economía la misma importancia que la obra de Say, «¿Qué es el tercer Estado?», ha tenido para la política moderna.» En otra parte de la obra añade: «Proudhon, no solamente escribe en favor de los proletarios, sino que él es también un proletario, un obrero: su obra es un manifiesto científico del proletariado francés.»

El «Delenda est Proudhon», anatema que Marx ha cedido en herencia a todos los teóricos del socialismo de Estado, he producido mucho daño debido a que la gran avalancha de las publicaciones comunistas alcanzan a todos los rincones y el «calumnia que algo queda» se ha mostrado efectivo una vez más.

Sin embargo, el concepto revolucionario de Proudhon no puede ser puesto en duda para aquellos estudiosos que quieran sumergirse en su prolija obra literaria.

Volviendo a su «Sistema de las Contradicciones Económicas», que tanta furia despertara en Marx, Proudhon trata, a base de dos volúmenes, rebasando un total de ochocientas páginas, de poner de realce las contradicciones que presenta la economía y la sociedad en general y, a la vez, armonizarlas. Proudhon ha leído a Kant y se ha sentido impresionado por sus antinomias. Marx ataca estas contradicciones porque considera que Proudhon ha sido incapaz de interpretar el principio hegeliano de la tesis, la antítesis y la síntesis que él mismo le enseñara en París en 1844, según se desprende

del ya mencionado libro (11), cosa incierta, ya que Proudhon estaba familiarizado con Hegel antes de su encuentro con Marx, como lo prueba su carta del 23 de mayo de 1842 dirigida a su gran amigo Ackermann: «No me dejo abusar en nada por la metafísica de Hegel, llamo un gato un gato y no creo que esté mucho más avanzado por decir que este animal es una diferenciación del gran todo y que Dios llega a la subconsciencia de mi cerebro.» No hay que descuidar que, como buen francés, no aceptaba a los alemanes sino a regañadientes, en carta al señor Tilloy del 25 de febrero de 1858, escribía: «De tomos modos los alemanes tienen dificultades para llegar a la idea; son pesados, difusos, confusos y sus conclusiones no son felices.»

El que da en el justo punto de la cuestión es uno de sus biógrafos, Sainte Beuve, quien en la biografía que nos hace de nuestro sociólogo, dice: «Por otra parte su método, si se levanta la máscara alemana, es sencillo y audaz, simplemente; hubiera podido abstenerse del término hegeliano «antinomía». En toda cosa hay el «pro» y el «contra», y hay verdad en las dos partes. Proudhon debía y podía, naturalmente, decirse: «Si la propiedad que ataco es falsa, inicua, ¿cómo es que existió y duró desde el principio del mundo?». Esto lo condujo desde entonces a reconocer que una cosa puede ser falsa y verdadera a la vez. La naturaleza de los hechos sociales y de las instituciones es diferente de la del mundo racional. Lo relativo y lo absoluto, la historia y la filosofía se hacen la guerra desde el origen, ¿cómo lograr un día conciliarlas? Proudhon, en su trabajo por llegar a ello, hubiera podido también practicar su método en descubierto, claramente, a la francesa, y hacerlo remontar a Pascal, quien se complació en poner de relieve las

(11) «Durante mi estancia en París —escribe Marx— en 1844, entré en relaciones personales con Proudhon. Cito esta circunstancia porque hasta un cierto punto soy responsable de su sofisticación, palabra que emplean los ingleses para designar la falsificación de la mercancía. En las largas discusiones, a menudo prolongadas toda la noche, yo lo infectaba de hegelianismo, para su perjuicio, ya que, no sabiendo alemán, no podía estudiar la cosa a fondo.»

G. D. H. Cole en su «Historia del Pensamiento Socialista», Vol. I, pág. 217, comentando las contradicciones proudhonianas, dice: «Esto no es expresión de un hegelianismo mal entendido, sino de una filosofía enteramente distinta, que tiene menos de común con Hegel que con la concepción de Kant de la «sociabilidad insocial de los hombres». Fue Marx el que no comprendió a Proudhon, no Proudhon el que dejó de comprender las lecciones de Marx acerca de la dialéctica hegeliana.»

contradicciones en el hombre: «Lo elevo, lo hundo, hasta que comprenda que es un monstruo incomprendible» (12). Pero el reformador audaz y complejo no lo tenía en cuenta: emplea más artificio, tiene una pretensión más ambiciosa por la ciencia y por una ciencia completamente nueva» (13).

Quizás, en el fondo de esta tan discutida obra de las Contradicciones Económicas, encontremos, junto a la riqueza de materiales que nos ofrece, el verdadero temperamento proudhoniano quien, polemista como pocos, entabla la contraversia consigo mismo haciendo gala de una genialidad única. No se trata de la fría búsqueda de la tesis y la antítesis para dar con la solución hegeliana: la síntesis. Las soluciones que aporta Proudhon tienden a buscar la armonía entre el «pro» y el «contra» de que nos habla Sainte Beuve, la armonía que surja del encuentro entre el valor de uso y el de cambio, la armonía que debe existir de la división del trabajo, por un lado, y el maquinismo por el otro, ambos tendientes a aumentar la riqueza de la sociedad, pero que, al mismo tiempo, se ensañan con el desposeído creando mayor pauperismo y mayor embrutecimiento de las clases productoras, la armonía que hay que procurar conseguir de la competencia que tiende a estimular la inventiva y la producción, en cantidad y en calidad, y que, sin embargo, arrastra a los obreros al desempleo y a la disminución del poder adquisitivo, la del monopolio factor de capitales y, por el otro lado, yugulador del menesteroso, la del impuesto que debería permitir a la sociedad el mejoramiento de sus servicios públicos y tendría que limitar los poderes del monopolio, pero que, debido a la ingerencia de los monopolistas en la confección de la estructura del impuesto, éste se vuelve contra la propia sociedad y, en particular modo, contra la clase desposeída. La familia, la propiedad, el crédito, la propia religión, todo pasa por el cedazo de Proudhon con «pro» y «contra» sorprendentes cada vez, llevando al lector de un extremo a otro de la palestra social.

Proudhon, decimos, ha tocado todos los temas que al filósofo, al economista, al sociólogo y al filólogo (14) le son permitidos. Sin embargo, Proudhon se reivindica siempre obrero, siendo posiblemente el único con autoridad para tal gloria entre los muchos teóricos del socialismo que la historia nos presenta (15). El propio Marx lo ha reconocido y le ha rendido honores como hemos visto más arriba. Un obrero que clama por la «Acción Directa» medio

siglo antes que los sindicalistas franceses adoptaran la expresión: «El proletariado, poco a poco desjacobinizado, pide su parte, no solamente de sufragio directo en los asuntos de la sociedad, sino de acción directa» (16). Mas un obrero, al mismo tiempo, que se opone a las huelgas y a la violencia: «A pesar de mi simpatía por el mejoramiento de la suerte de la clase obrera, es imposible, lo declaro, que las huelgas, seguidas de aumento de salario no conduzcan a un encarecimiento general: esto es tan cierto como dos y dos son cuatro. No es con estas recetas que los obreros llegarán a la riqueza y, lo que es mil veces más precioso, a la libertad» (17).

«Hoy, las coaliciones y las huelgas de obreros parecen haber cesado sobre todos los puntos de Inglaterra, y los economistas se congratulan con razón de esta vuelta al orden, digamos inclusive al buen sentido» (18).

En su especulación de la antinomia llega a escribir con mayúsculas que la huelga es ilegal, lo que aprovecha el inescrupuloso marxista Amaro del Rosal en su obra «Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XIX» para decir que «Proudhon termina renegando de todo principio revolucionario». La inescrupulosidad de Amaro del Rosal consiste en que no plasma íntegro el pensa-

(15) «Nacido y educado en el seno de la clase obrera —escribe en la Memoria que dirige a la Academia de Beçanson, el 31 de mayo de 1837, con deseos de obtener la beca Suard, lo que consiguiera—, perteneciéndole aún por el corazón y por los afectos y, sobre todo, por la comunidad de sufrimientos y de deseos, mi mayor alegría, si obtuviese vuestros sufragios sería poder, desde ahora, trabajar sin descanso por la ciencia y la filosofía, con toda la energía de mi voluntad y toda la potencia de mi espíritu, en el mejoramiento moral e intelectual de quienes me agrada llamar mis éermanos y compañeros.»

G. D. H. se complace en señalar, también, el origen obrero de Proudhon: «... es casi el único entre los profetas importantes del socialismo que nació entre los de la *classe la plus nombreuse et la plus pauvre*, para emplear una vez más la frase de Saint Simón.

G. D. H. Cole., Op. cit., pág. 202.

(16) P. J. P.: «Confessions d'un Révolutionnaire». Página 372. Marcel Rivière, París, 1929. Al respecto es interesante señalar la acotación que el mejor biógrafo de su juventud: Daniel Halevy, hace: «Es singular el encontrar, bajo la pluma de Proudhon, esta expresión que readoptarán los sindicalistas de principios del siglo XX: No es a Proudhon que ellos la deben sino a los activistas de 1892, Paul Desjardins et Charles Maurras. Paul Desjardins fundó la «Acción Moral», en colaboración con Vaugeois que llevó a Maurras al título de «Acción Francesa», de donde los sindicalistas sacaron «Acción Directa». Sin saberlo, encontraban a su maestro.»

(17) P. J. P.: «Système...». Vol. I; pág. 152.

(18) Op. cit., pág. 184. Esta oposición a la huelga se reflejará, veintidós años más tarde, en los que integran la Primera Internacional como grupo parisino quienes presentarán en el Congreso de Ginebra de 1866 un manifiesto en el que descartan el sistema de las huelgas y abogan por la organización del mercado del trabajo, la enseñanza técnica y la organización del cambio según el sistema mutualista proudhoniano.

(12) Por senderos independientes Sainte Beuve y Miguel de Unamuno llegan a idénticas conclusiones. Dice don Miguel: «... su lógica (la de Pascal), no era una dialéctica, sino una polémica; no buscaba la síntesis entre la tesis y la antítesis, se quedaba como Proudhon, otro pascaliano a su modo, en la contradicción». Miguel de Unamuno: «L'Agonie du Christianisme»; página 117. Rieder, París, 1925.

(13) C. A. Sainte Beuve: «Proudhon». Pág. 186. Américalee. Buenos Aires, 1945.

(14) Los conocimientos filológicos de Proudhon eran sorprendentes y fue su primera ciencia. Al igual que Ernesto Renán, Proudhon penetró en la filosofía usando a la filología de cayado.

miento de Proudhon ya que si llegamos al fin de la secuencia veremos la profundidad de su apreciación: «...mientras que la huelga de los obreros es ILEGAL. Y no es solamente el código penal quien dice esto, es el sistema económico, es la necesidad del orden establecido. Mientras el trabajo no es soberano debe ser esclavo: la sociedad sólo subsiste a este precio» y aquí hace una llamada que contiene lo siguiente: «Le es tan imposible a la sociedad fundada sobre el principio propietario de no desembocar a la distinción de clases, como a la democracia de no llegar al despotismo, a la religión de ser razonable, al fanatismo de ser tolerante. Es la ley de la contradicción: ¿Cuánto tiempo nos será necesario para comprenderlo? (19).

Proudhon es ateo. Llega a decir que «Dios es el mal», empero, si se viera forzado a abrazar una religión abrazaría la del trabajo que lo pone frente a Dios: «El hombre, entre todos los animales, es el único que trabaja, da el ser, la existencia, a las cosas que la naturaleza no produce, que Dios es incapaz de crear, porque las facultades le faltan.»

Hay hasta poesía, cosa rara en Proudhon, cuando se entrega al tema: ¿Qué es, pues, el trabajo? Nadie lo ha definido aún. El trabajo es la emisión del espíritu. Trabajar es gastar la vida; trabajar, en una palabra, es consagrarse, es morir. Que los utopistas no nos hablen más de devoción: la devoción es el trabajo expresado y medido por sus obras... El trabajo, frenando los antipos de la miseria, pone fin a la antropofagia; al mito feroz y divino sucede la verdad humana y providencial; la alianza está formada por el trabajo entre el hombre y la naturaleza y la perpetuidad de ésta asegurada por el sacrificio voluntario de aquél» (20).

«El arte, es decir, la búsqueda de lo bello, la perfección de lo verdadero, en su persona, en su mujer y sus hijos, en sus ideas, sus discursos, sus acciones, sus productos: tal es la última evolución del trabajador, la fase destinada a cerrar gloriosamente el círculo de la naturaleza. La Estética, y por encima de la estética, la Moral, he ahí la piedra angular de la bóveda del edificio económico».

«El conjunto de la práctica humana, el progreso de la civilización, las tendencias de la sociedad, son testigos de esta ley. Todo lo que hace el hombre, todo aquello que ama y que odia, todo lo que le afecta y le interesa, se vuelve, para él, materia de arte. La compone, la pule, la armoniza, hasta que, por el prestigio del trabajo él ha hecho, digámoslo así, desaparecer la materia».

«El hombre no hace nada de acuerdo con la naturaleza: es, si me atrevo a decirlo en algún modo, un animal «hacedor» (21). Nada le gusta si no le aporta afección: todo lo que él toca es necesario

que lo arregle, lo corrija, lo purifique, lo recree» (22).

Por esto, por ver en el trabajador un artista, un amante de la obra que acomete, se revela contra la división del trabajo que, antes que él ya denuncia Adam Smith. ¿Con qué amargura cita a J. B. Say en su «Tratado de Economía Política» cuando éste habla del obrero embrutecido porque durante toda su vida no ha hecho más que una parte insignificante de la unidad de un producto: «Un hombre que durante toda su vida no hace más que una sola operación, llega, con toda seguridad, a ejecutarla mejor y más rápidamente que otro hombre; pero al mismo tiempo se vuelve menos capaz de toda otra ocupación, sea física, sea moral; sus otras facultades se apagan, y de ello resulta una degeneración del hombre considerado individualmente. Es un triste testimonio a presentar el no haber hecho otra cosa que la décima octava parte de un alfiler: y que no se piense que sea únicamente el obrero que toda su vida empuña una lima o un martillo que degenera así de la dignidad de su naturaleza; es inclusive el hombre que ejerce, por estado, las facultades más desligadas de su espíritu... En resultado se puede decir que la separación de los trabajos es un empleo hábil de las fuerzas del hombre; que aumenta prodigiosamente los productos de la sociedad, pero también anula algo de la capacidad de cada hombre tomado individualmente».

De aquí que Proudhon vea, con el advenimiento de la máquina, la salvación del obrero, ya que la máquina, por poder ser perfeccionada al infinito, puede acometer la elaboración y terminación completa de un producto, cerrándose así, el ciclo antinómico del trabajo, división del trabajo y, por último, reunión nuevamente del trabajo. «La introducción de las máquinas en la industria se cumple en oposición a la ley de la división y para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por la esta ley» (23).

«En la sociedad, la aparición incesante de las máquinas es antítesis, la fórmula de la división del trabajo; es la protesta del genio industrial contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas de trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida: un resumen de numerosas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación de trabajo, una reducción de gastos. Bajo todos estos aspectos, la máquina es la contrapartida de la división. De donde, por la máquina, habría una restauración del trabajador parcelario, disminución de esfuerzo por parte del obrero, baja de precio sobre el producto, movimiento en la proporción de los valores, progreso en los nuevos descubrimientos, aumento del bienestar general» (24).

(22) Op. cit. Vol. II, pág. 375.

(23) Op. cit. Vol., pág. 168.

(24) Op. cit. Vol. I, pág. 171. Marx, por el contrario, sostiene, en su «Miseria de la Filosofía», que el maquinismo y la concentración de la industria desarrollan la división del trabajo en lugar de restringirla.

(19) «Système des contradictions Economiques». Página 324. Vol. I.

(20) Op. cit. Vol. II, págs. 362-3.

(21) «Façonner» en el texto francés.

No se puede vaticinar cuál sería la reacción de Proudhon dentro de nuestra época en la que el maquinismo ha alcanzado proporciones enormes que acorralan al obrero a campos cada vez más reducidos de forma que si la división del trabajo era una amenaza evidente contra la salud física y moral del obrero, el maquinismo, en la actualidad, lo divorcia completamente del producto que fabrica faltando este cordón umbilical que, en lo artesano, fusionan producto y productor.

Queda en pie el empeño y la solidaridad, nunca desmentida, de Proudhon frente al productor, al ser humano que, gracias a la ciencia económica, nuestro filósofo quiere proporcionarle una sociedad libre, sin coacción, sin Estado, sin autoridad. Esta ciencia económica tiene tanta importancia para Proudhon que, a través de ella quiere proporcionar el conocimiento general. Edouard Droz, otro de los biógrafos de Proudhon, dice que la economía era, para el autor del «Sistema de las Contradicciones Económicas»: «Una ciencia inmensa de la cual dependen toda nuestra vida y todo nuestro pensamiento, más capaz que ninguna otra filosofía de intruarnos respecto al hombre, su origen, su destino y su Dios» y el propio Proudhon en la obra citada afirmará que «estudiar las leyes de la economía social, es hacer la teoría de las leyes de la razón y crear la filosofía».

Su cultura autodidacta ha hecho que se dispersara, como ocurre con todos los que han tenido que aprender a pulso y sin programa, encontrando sus tendencias y sus materiales cuando ya se han asimilado montañas de libros, y no se concentraba en una especialidad donde hubiera podido profundizar más. El universalismo del que nos habla Alexis Carrel permite una mayor amplitud de miras, pero ello redundaba en detrimento de la intensidad de un tema determinado. De aquí que en Proudhon aparezcan continuamente diferentes soluciones, contradiciéndose inclusive, lo que hacen decir a G. D. H. Cole: «De aquí se sigue que mientras para Marx sólo hay una síntesis posible capaz de resolver los antagonismos de tesis y antítesis, la filosofía de Proudhon admite una variedad de soluciones posibles estando por esto en oposición directa con el determinismo de Marx y con su creencia en la posible predicción científica del curso futuro de la civilización. Aunque oculto a veces por los términos de la discusión suscitada entre los dos, en esto consiste su verdadero y profundo desacuerdo. En lenguaje moderno diríamos que Proudhon era esencialmente un pluralista, mientras que Marx era monista y, sin duda, un pensador monolítico» (25).

Y sin embargo, la genialidad de sus teorías económicas está fuera de dudas y la manera como

desarrolla la formación del capital y, en muy especial modo, su exposición de la «fuerza colectiva» tiene un interés sorprendente: «El capitalista, se dice, ha pagado las jornadas de los obreros; para ser exacto, es necesario decir que el capitalista ha pagado tantas veces una jornada como obreros ha empleado cada día, lo que no es, bajo ningún aspecto, la misma cosa. Porque esta fuerza inmensa que resulta de la unión y la armonía de los trabajadores, de la convergencia y de la simultaneidad de sus esfuerzos, no la ha pagado. Doscientos granaderos han levantado, en algunas horas, el obelisco de Luksor sobre su base; puede suponerse que un hombre, en doscientos días, hubiera conseguido lo mismo? Sin embargo, en la cuenta del capitalista, la suma de los salarios habría sido la misma. Y bien, un desierto a ser cultivado, una casa a ser construida, una manufactura a ser explotada, es el obelisco a enderezar, es una montaña a cambiar de lugar. La más pequeña fortuna, el más simple establecimiento, la puesta en marcha de la más mezquina industria, exige el concurso de trabajos y de talentos tan diversos que un mismo hombre no lograría realizar jamás. Es asombroso que los economistas no lo hayan notado» (26).

Contestando a Ch. Comte en su «Tratado de la Propiedad», quien reivindica el mejoramiento de una ciénaga o del suelo en general para el propietario ya que éste, según Comte, ha pagado el mejoramiento mediante alimentos y salarios, Proudhon nos lega una página maestra: «Este precio no basta: el trabajo de los obreros ha creado un valor y, en consecuencia, este valor es su propiedad. Ni ellos la han vendido ni cambiado ni usted, capitalista, la ha adquirido. Que usted tenga derecho parcial sobre el todo por los abastecimientos y las subsistencias procuradas, nada es más justo: usted a contribuido a la producción, usted tiene derecho al disfrute. Pero vuestro derecho no anula el de los obreros, quienes han sido vuestros colegas en la obra producida. ¿Habla usted de salarios? El dinero con el que usted paga a los trabajadores cancelaría apenas algunos años de la posesión perpetua que ellos os abandonan. El salario es el gasto que reclaman el mantenimiento y la reparación diaria del trabajador; usted se equivoca al ver en este salario el precio de una venta. El obrero no ha vendido nada; no conoce su derecho ni la extensión de la cesión que le hace, ni el sentido del contrato que usted pretende haber pasado con él. De la parte de ellos, ignorancia completa; de la de usted error y sorpresa, caso que no querramos decir robo y fraude» (27).

(26) «Qu'est-ce que la Propriété». Pág. 215.

(27) Idem, idem. Págs. 213-4.

(Continuará.)

(25) G. D. H. Cole: Op. cit. Vol. I, pág. 209.

Fichas y fechas

Cien años de guerra

1828-1829. — So pretexto de la emancipación de Servia, Rusia y Turquía se hacen la guerra. Resultado : los servios esclavos continúan como antes, excepto varios centenares de miles de jóvenes que mandados por los militares profesionales creyeron que iban a matar cuando iban a morir.

1830-1848. — Conquista de Argelia por Francia. El reverso ya lo conocemos. Los resultados también.

1832-1842. — Los poderosos « pacifistas » de Inglaterra hacen guerrear a su pueblo contra los trabajadores de Afganistán. Los poderosos de Afganistán hicieron lo mismo que los ingleses. Pretexto : innecesario.

Al mismo tiempo, otra guerrita fue emprendida por los militares británicos contra las poblaciones del Níger. Duró hasta 1861, es decir, 29 años.

1833. — Otra guerra emprenden los militares ingleses contra Argentina. Resultado : la ocupación de las Malvinas.

1839. — Victoriosos los kakis éstos, tras otra operación bélica, las tropas inglesas ocupan Aden.

1840. — Insaciable, Inglaterra, o sea, sus militares y chusqueros ocupan Nueva Zelandia.

1844-1849. — Inglaterra contra las Indias. Motivo : espacio vital.

1846-1848. — La misma contra Birmania. Resultado : reconquista.

1854-1856. — Los militares de Inglaterra, Francia y Turquía lanzan a la juventud de los tres países contra la de Rusia, lanzada a su vez por sus jefes contra la de los tres anteriores. Resultado : dolor y muerte.

1855. — Inglaterra, tras una breve guerra ocupa Nueva Guinea.

1856. — Militares anglo-franceses contra militares chinos.

1859. — Francia contra Austria y viceversa. Resultado : menos juventud y más huérfanos.

1859-1860. — España contra Marruecos. Pretexto : limitación de fronteras. Resultado : la deshonra de España por haberse dejado mandar por gente sin alma.

En el mismo periodo, Inglaterra y Francia vuelven a intervenir, matando y muriendo, en China.

1860. — Rusia contra colonias. Resultado : además de los muertos, expansión de sus dominios.

1861. — Norteamérica contra el cantonalismo.

En la misma época Inglaterra, la pacifista, ocupa Lagos.

1861. — Francia interviene en Méjico. La contienda dura seis años.

1862. — Los anglo-franceses vuelven a intervenir en China.

1863. — Polonia se subleva contra Rusia.

Francia, por su lado, ocupa Dahomey.

1864. — Prusia contra Dinamarca.

1865-1870. — Los militares de Argentina, Brasil y Uruguay contra los de Paraguay. Resultado : la juventud de los cuatro diezmada y la moral relajada.

1866. — España contra el Perú. Pretextos... de alcoba.

1868. — Abisinia no se deja civilizar por los pretorianos de Inglaterra y ésta le declara la guerra.

1870. — Prusia contra Francia, es decir, la juventud de la una contra la juventud de la otra.

1874. — Francia ocupa en China el territorio de Annam.

1875. — El Japón ocupa las islas Kuriles.

1876. — En los Balcanes, Montenegro y Servia se declaran en estado de beligerancia contra Turquía.

1877. — Inglaterra conquista Beluchistán. Anexiona el Transvaal y prepara nuevas expediciones. Un año después ocupa el Walfisch.

1879-1898. — Bolivia y Perú contra Chile, o viceversa.

1881. — Francia ocupa Túnez y Tahití.

Inglaterra, por su parte, ocupa Egipto. Dos años después ocupa el Sudán y cuatro años más tarde, domina totalmente Nueva Guinea.

Esta vez, a medias con Alemania, ésta conquista además, Togo y Camerún.

1885. — Inglaterra anexiona, por entonces definitivamente, Birmania.

Al mismo tiempo Servia se declara en guerra contra Bulgaria.

1890. — Inglaterra ocupa Nigeria.

(Continuará)

Facilitado por el A. B. I. C.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Poema a la emigración

En las orillas del río Bidasoa
he tirado mis ojos
como un anzuelo al agua.

Las aguas del río Bidasoa
bajan al mar Cantábrico
un mensaje de historia
que lanzan las montañas
del Pirineo.
Jóvenes, sumisas, prometedoras ellas,
mirad,
también emigran las aguas.

En las orillas del río Bidasoa
me detengo y lloro.
Miro a través de lágrimas
mis manos
traídas desde las tierras pobres
del sur de Andalucía,
donde quedan más manos,
muchas manos paradas.

En el puente del río Bidasoa
pongo un pie sobre Francia
y otro pie sobre España.
Cómo tira esta tierra de mis dedos,
hoy raíces movidas
hasta el último metro de tierra de mi pa-
[tria.

En las aguas del río Bidasoa
veo todos los ríos españoles:
Miño, Duero, Tajo, Guadalquivir
y Júcar;
me asomo a las comarcas andaluzas
por los ojos dormidos del Guadiana.
A esta tierra domadora de ríos
¡ay! la están llevando el alma.

En las orillas del río Bidasoa
veo por vez primera la estructura de Eu-
[ropa,

en posición de sueño,
que se levanta:
países, grandes países, subiendo calles,
haciendo calles para subir,
residiendo en las fábricas,
donde la enfermedad habita con la muer-
[te,

tiene un pulmón de acero,
que se desgasta.

En las orillas del río Bidasoa
pienso que en la ciudad de Büchen
(Alemania)
a la hora en que las calles vuelven
llenando de españoles las avenidas
y traen oscuras
ocho horas de hierro y de carbón en unos
[ojos

acostumbrados más al agua;
pienso que el joven moreno,
con los ojos perdidos hacia el Mediterrá-
[neo

no dirá «Ich liebe dir»
sino dirá: «Te quiero» a todas las mucha-
[chas.

En las orillas del río Bidasoa
mirando a Francia
se me han vuelto los ojos
a las espaldas
y en vez de ser dos ojos
eran dos lágrimas.

ANGEL SANTIAGO (1)

(1) Autor de «Castilla la nuestra», pró-
ximo a aparecer.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

MAS DE 80 AUTORES

«A caballo del Ande», Samblancat
 «Adela y Matilde», D. R. S.
 «Agente presidencial», Sinclair
 «Ahora somos hermanos», Lania
 «Aita-Tettahuen», Galdós
 «Aladino y la lámpara maravillosa»
 «Albores de libertad», Relgis
 «Alejandro Korn», Romero
 «Algunas consideraciones sobre literatura», Unamuno
 «Ali Babá y los cuarenta ladrones»
 «Alicia en el país de las maravillas»
 «Al séptimo día», Barclay
 «Altar mayor», Espina
 «Amadeo», Galdós
 «Amalia», Marmol
 «Ama usted Brahms», Sagán
 «Amor e ironía», Yutang
 «Amor, pasión y aventura», Flynn
 «Amor sin mañana», Montseny
 «Ana Karenina», Tolstoi
 «Anatomía de la paz», Reves
 «Anselmo Lorenzo», Montseny
 «Ante la bandera», Verne
 «Antología de pensamientos», G. Prada
 «Antología de prosistas españoles», Menéndez
 «Antología libertaria»
 «Antología poética», Storni
 «Antología poética», Unamuno
 «Años de juventud», Valdés
 «Arte accesible», Alaiz
 «Arte de escribir sin arte», Alaiz
 «Arte, poesía y anarquismo», Read
 «Aspectos de América», Vallina
 «Astilla», Barroso
 «A través del espejo», Carroll
 «Autobiografía», Attlee
 «Aventuras del Barón de Munchausen», Burger ..
 «Aventuras de Tom», M. Twain
 «Aversión y atracción en el matrimonio», De Velde.
 «Babbitt», Sinclair
 «Bailén», Galdós
 «Bajo la media luna», Hamsun
 «Barba Azul»
 «Bases», J. Alberdi
 «Ben-Hur», Wallace
 «Benjamin Franklin», Coowther
 «Bestias, hombres y dioses», Ossendowski
 «Biografía de Bakunin», Guillaume
 «Blanca Nieves»
 «Bodas Reales», Galdós
 «Bolchevismo y anarquismo», Rucker

0 50 «Botánica experimental», Bruno
 2 00 «Breve historia de Francia», Gerard
 8 40 «Breve historia de la Anarquía», Nettelau
 5 60 «Breve historia del Mundo», Wells
 1 50 «Buenas rutas» (La salud mediante la botánica) ..
 1 80 «Buridan», Zevaco
 1 70 «Búsqueda en la noche», Esteve
 1 00 «Cadena perpetua», Runyon
 «Cádiz», Galdós
 2 20 «Calvario», Castenuovo
 1 80 «Camaradas errantes», Steinbeck
 1 10 «Cañaveral junto al mar», J. Carmona
 1 50 «Canción de gesta», Montseny
 2 10 «Cánovas», Galdós
 1 50 «Capitalismo, Democracia y socialismo», Souchy ..
 2 30 «Carmén», Merimée
 3 10 «Carne y espíritu», De Meerersch
 7 00 «Carta a un joven poeta», Rilke
 1 50 «Carta municipal acordada», Alaiz
 0 25 «Cartas amorosas», Florangel
 2 30 «Cartas a su hijo», Chesterfield
 3 50 «Cartas de amor, arte y desconsuelo», Beethoven ..
 0 50 «Cartas de la prisión», Toller
 1 00 «Cartas de un corazón angustiado», A. Carlos
 0 70 «Cartas sobre el existencialismo», J. Salas
 3 80 «Cartas sobre regilión», Figola
 1 50 «Carteles», González Pacheco
 6 00 «Casa de muñeca», Ibsen
 2 10 «Casanova», Zveig
 2 50 «Catecismo del agricultor y del ganadero»,
 0 25 «Ciencia y conciencia», Dantec
 0 25 «Ciencia y filosofía», Tannery
 1 50 «Ciencia y filosofía», Antología
 2 00 «Cien días de la vida de una mujer», Montseny ..
 «Cifra y Prueba», Alaiz
 1 00 «Cirano de Bergerac», Rostand
 2 00 «Cita con Venus», Tickell
 4 50 «Civilización del trabajo y de la libertad», Cha-
 8 00 raviglio
 3 50 «Comicios históricos de la CNT, Barcelona, 1918».
 8 50 «Cómo educar a nuestros hijos», Pr. N.
 8 00 «Cómo he curado la tuberculosis», Hevia
 1 50 «Cómo se educa un carácter», Dr. T.
 1 20 «Cómo se forma una inteligencia», Dr. T.
 1 50 «Comunidad de los grandes espíritus», Nicolás ..
 1 50 «Conciencia y conocimiento (Ant.)
 2 30 «Conferencia Intercontinental 1947»
 3 50 «Confesión de Claudio», Zola
 2 50 «Conflictos entre la Religión y la Ciencia», Draper.
 0 10 «Confusión de sentimientos», Zweig
 1 80 «Congreso de constitución de la C. N. T.»
 1 50 «Conocimiento y error», March
 1 40 «Continencia y placer», Krujer
 2 75
 3 80
 1 80
 2 50
 5 00
 2 30
 3 00
 3 50
 1 50
 2 50
 4 00
 2 50
 0 15
 1 50
 1 00
 1 50
 5 00
 3 10
 0 50
 3 00
 0 50
 3 00
 6 00
 1 50
 1 50
 13 50
 1 50
 1 50
 0 50
 2 50
 6 00
 1 40
 0 25
 1 50
 3 50
 6 30
 1 80
 0 50
 1 50
 0 50
 0 50
 2 80
 6 00
 0 60
 2 75
 1 30
 1 50
 0 80
 3 50
 2 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.G.)